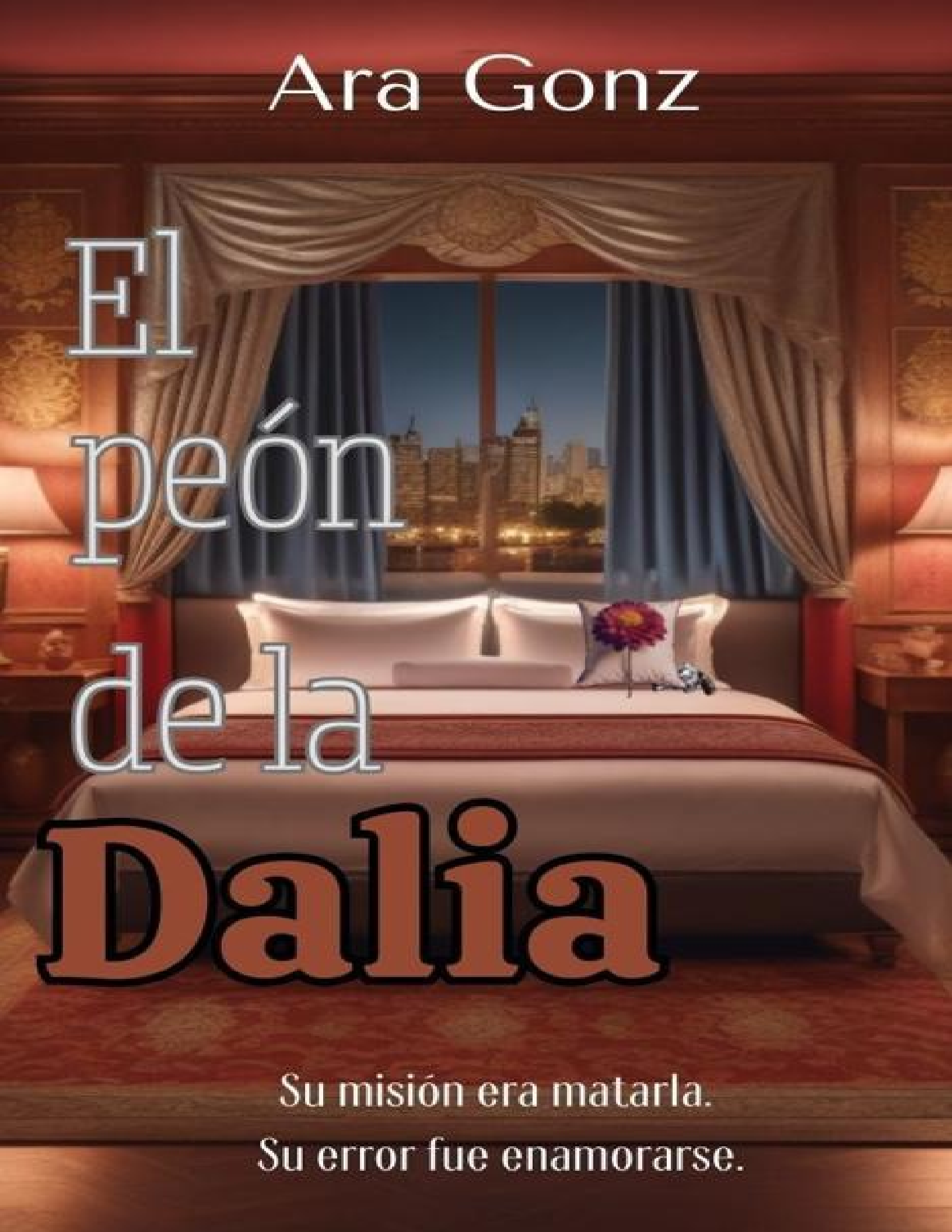


Ara Gonz

The background of the entire page is a high-quality photograph of a hotel room. In the center is a large bed with white linens and a red throw blanket. A single red flower is placed on a small white pillow at the head of the bed. Behind the bed is a large window with blue curtains and a beige valance, offering a view of a city skyline at night. The room's walls are a warm, reddish-brown color with decorative panels. The text 'El peón de la' is written in a white, serif font, and 'Dalía' is written in a large, bold, brown font with a black outline, both overlaid on the left side of the image.

El peón de la **Dalía**

Su misión era matarla.
Su error fue enamorarse.

Tabla de Contenido

[El peón de la Dalia](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

23

[Agradecimientos.](#)

Sign up for Ara Gonz.'s Mailing List

[Also By Ara Gonz.](#)

[About the Author](#)

El peón de la Dalia



Sinopsis:

Las reglas eran tres y muy claras:

Acercarse a ella y ganarse su confianza.

Enamorarla.

Matarla sin que importara el contexto.

Parecía un trabajo simple, que podía hacerlo de una manera rápida y limpia; sin embargo, no contó con que su propio corazón se volviera un peón en ese extenso juego llamado vida.

La ciudad de Buenos Aires se convierte, con sus luces y sombras, en el escenario perfecto para Santiago Alberti; un asesino a sueldo que se desliza en el anonimato y disfruta de esa extraña sensación que le acompaña cuando decide quién vive y quién no. Un Dios oscuro y solitario que vive para el sicariato y no tiene corazón.

Pero, a veces, las cosas no son como deseamos...

Dalia Schmitmann tiene veinticinco años y una vida simple. Con un trabajo mediocre y una debilidad por Soda Stéreo. Entonces, ¿por qué alguien la quería muerta? ¿Qué esconde detrás de esos ojos negros, inmensos y melancólicos?

Dalia Schmitmann guarda un secreto y no parará hasta descubrirlo.



Una novela corta donde la arquitectura, el lenguaje y el arte argentino se conjugan para crear el más fantástico de los escenarios en esta intensa historia de amor y traiciones.

Advertencias de autor: Historia con lenguaje rioplatense. Escenas sexuales explícitas. Violencia verbal.

1



La primera vez que la vi en persona, ella bailaba en medio de la pista, ignorante de mis ojos sobre su cuerpo y el futuro tan oscuro que significaba mi presencia en su vida.

Habían pasado dieciséis días desde que me llegara un sobre de manila con su foto dentro y las instrucciones detalladas que debía seguir. Eran tres y muy simples:

- 1- Acercarme a ella sin que se diera cuenta y ganarme su confianza.
- 2- Enamorarla hasta el punto de poner su vida en mis manos.
- 3- Matarla sin importarme nada de las circunstancias que la rodeaban.

Entonces, recibiría unos cuantos ceros en mi cuenta y podría mandar esta profesión a la mierda.

Las luces de neón dibujaban extrañas figuras sobre su piel oliva y me pregunté las razones por las que alguien la quería fuera de este mundo. Aquel fue mi primer gran error; jamás debía cuestionar a mis clientes o empatizar con mis presas pero es que la joven mujer no tenía nada en sus antecedentes.

La estudié de lejos, indagué en la web y la seguí a distancia prudencial —bueno, no lo hice yo sino mi asistente porque, en las últimas semanas, debí finalizar con otro encargo y ese hijo de puta sí merecía morir; todos los pedófilos merecen ese final—. No lograba comprender qué de ella provocaba el odio desmedido hasta pagar por su muerte mas no hallé respuesta y ese misterio me molestaba.

No era la mujer más hermosa, según mis gustos personales, pero tenía un halo de misterio que me atrapó desde el primer instante; incluso en esas fotos pixeladas que me dieron.

Yo era amante de las tetas grandes, esas que apenas pueden contenerse dentro de una camiseta y te ahogan cuando se acercan a tu rostro; las suyas apenas marcaban ese top azul eléctrico que llevaba puesto.

Adoraba los cuerpos delgados y armoniosos; el suyo tenía forma de guitarra pero de una manera exagerada. Sus caderas podrían derrumbar un edificio, si así lo quisiera.

Siempre fui amante de mujeres altas y de cabellos dorados; unas princesas dignas de pasarelas. La pequeña bailarina, en cambio, tenía cabellos negros, abundante y con ondas que caían sobre su delgada espalda hasta llegar al nacimiento de sus nalgas; estaba seguro que jamás sería parte del NYFW^[1].

Su culo, era una cuestión aparte: redondo, respingón y tentador; una porción de gloria que apenas podía esconder bajo esos pantalones cortos de tela vaquera. Entonces, sus piernas quedaban expuestas: torneadas, musculosas y bronceadas. Me pregunté cómo se sentiría si las enredaba a mi cintura mientras me hundía en su interior.

Pasé la mano por mi rostro y me repetí la razón por la que estaba allí. No entendía qué mierda sucedía conmigo pues no me faltaban amantes ni era un novato. ¡Carajo! Tenía cuarenta años y no era mi primera misión; entonces, ¿qué mierda con ella?

La miré desde la barra mientras acerqué la copa de champagne a mis labios y analicé su alrededor a conciencia. Algo en esta historia seguía siendo molesto.

En algún momento, ella se alejó de su amiga y la seguí despacio, a distancia prudencial, disfrutando de la adrenalina que corría por mis venas cada vez que salía de cacería. Entró a los sanitarios y yo apoyé el hombro contra la pared, escondí las manos en los bolsillos y esperé.

La puerta de los sanitarios se abrió, tres mujeres salieron riendo y yo la divisé a lo lejos. Saqué el teléfono del bolsillo y fingí chocarla cuando se dirigía de nuevo a la pista.

—Perdón —grazné en voz baja.

Ella alzó la mirada y lo jodió todo o, mejor dicho, esos ojos azabaches me jodieron por completo.

Analicé su rostro delicado y juvenil. Su boca era succulenta, marcada y bien roja.

Quedaría perfecta alrededor de mi pija^[2].

Un estremecimiento recorrió mi espalda ante ese pensamiento.

Debí detener mi mente en ese momento, pero mi cerebro se empeñó en crear imágenes torturantes: sus ojos enormes quedarían perfectos si brillaran con lágrimas mal contenidas mientras yo avanzaba sin piedad hasta que mi glande raspaba su garganta.

Ella parpadeó y exhaló despacio. Mi pene despertó necesitado y el cerebro me gritó que encontrara una excusa para cogérmela^[3] en mi cama.

¿Desde cuándo quería que alguien profanara mi espacio privado?

Debí darme cuenta que esto saldría mal pero, como soy un idiota, actué pensando con la verga y no con mi cerebro bendecido.

—¿Me disculpás? —insistí.

Ella sonrió, asintió con la cabeza y amagó alejarse; yo no quise dejarla ir. Cerré la mano alrededor de su brazo y detuve su andar. Giró el cuello y me miró por sobre el hombro, sorprendida.

—Me llamo Santiago —ni siquiera sé por qué necesité decirle mi nombre real.

—Hola, Santiago.

Su voz, la más dulce del mundo y con un acento cuyano^[4] que se sintió como una caricia a mi alma rota y quise más, mucho más.

Intentó marcharse y volví a retenerla. Atrapé su atención otra vez.

—¿No me vas a decir el tuyo? —sonrió de lado.

—No —dijo y se marchó.

La seguí como si fuera un cachorrito necesitado de afecto. Un pobre diablo en busca de redención.

Alguien me empujó al pasar a mi lado y desvié la mirada: dos mujeres muy borrachas se disculparon y avanzaron hacia los sanitarios. Regresé la vista y ella ya no estaba. La busqué con la mirada, recorrí el lugar con el corazón cada vez más acelerado y, al entender que se había marchado, salí de allí como alma que lleva el demonio.

Había fallado por primera vez en mi vida.

2



Tengo la extraña habilidad de retener todo en mi memoria y con una sola pasada de vista. Algo que me convirtió en un «rarito» durante la niñez y fui objeto de burlas en el colegio. Entonces, abandoné la escuela y me aislé del mundo. Estudiar en casa fue mi salvación. No fue hasta que cumplí los catorce años en que comencé a explotar este don y lo hice para actividades delictivas.

Un nuevo mundo se abrió para mí pues no tenía idea cuánto podía ayudarme mi condición para camuflarme como un camaleón y fingir ser quien quería ser.

La cuestión siempre está en los detalles.

Si uno presta atención, descubre movimientos, temas de conversación, manera de vestirse y presentarse. De pronto, crearse una vida alterna ya no resulta tan descabellado.

Tengo las tres H: hipermemoria, hiperatención e hiperactividad. Soy intenso en todo y cuando algo se convierte en mi objeto de interés, no me detengo hasta alcanzar mis objetivos. En este caso, no es algo sino alguien.

Dalia —ese es su nombre— caminaba por el mundo como si no existieran los peligros y, en cierta manera, eso me enojaba. ¿No sabía que los lobos rondan a las ovejitas como ella? Debería prestar atención a los detalles.

Como, por ejemplo, debió entender que ese idiota —a quien le sonreía mientras le servía su café— no dejó de mirar su precioso culo desde que llegó. Bajé la visera de mi gorra y gruñí al escuchar que preguntaba si podía darle su número telefónico.

No, imbécil. No puede.

Cerré los puños hasta ver que los nudillos se tornaron de un blanco fantasmal y apreté los dientes para controlar mi enojo; ella debía ser menos sociable.

Entonces, la oí decir que no, que no podía facilitarle su número ni decirle cuándo terminaba su turno en la cafetería. Sonreí para mis adentros y me centré en la otra moza^[5] que se acercó para anotar mi pedido.

—Un espresso sin azúcar.

La chica acomodó un mechón detrás de la oreja y agitó las pestañas mientras me sugería una porción de tarta.

El motivo de mi visita al café^[6] giró en ese instante y se paralizó al verme. La miré a los ojos sin pudor alguno.

—Hola, mujer sin nombre.

Ella no respondió; al contrario, se alejó apresurada como si hubiera visto a la mismísima muerte. Su compañera resopló mientras la miraba antes de regresar la mirada hacia mí.

—Dalia no es muy sociable —comentó—. Perdés tu tiempo con ella.

—Dalia... —su nombre se deslizó por mi lengua como cada vez que lo decía.

—Si querés... nosotros podríamos conocernos —sugirió en voz baja.

La miré con mi peor cara de bestia y su sonrisa tambaleó como lo hacen todos aquellos quienes se dan cuenta que me joden.

—Un espresso.

Ella se alejó con pasos apresurados y yo me centré en mi objetivo. Odiaba cuando la gente me hacía perder el tiempo.

Dalia trabajaba con la cabeza inclinada hacia abajo y no desvió la mirada hacia mí en ningún momento. Mi mal humor aumentó hasta el punto de desear pararme y arrastrarla conmigo.

Y luego, ¿qué? No tenía una respuesta clara.

Bebí el café con calma y extendí mi tiempo en esa mierda de lugar todo lo que pude; si me quedaba un rato más sería sospechoso. Entonces, salí y me apoyé contra una pared en el inicio de un callejón que, por suerte, esa noche se encontraba oscurecido; solo la estatua de Tita Merello^[7] fue testigo distante y silencioso de mi acoso.

Dos horas después, mi objetivo terminó su turno y bajó distraída por las escaleras del Abasto. La seguí a una distancia segura pero sin desviarme un segundo de su presencia.

Era Martes. Los martes ella pasaba por el supermercado chino antes de encerrarse en su microdepartamento hasta el día siguiente y yo mantendría guardia hasta que mi relevo llegara.

3



La siguiente vez que nos cruzamos era sábado de mañana, casi mediodía. Dalia salía del hospital Marie Curie^[8] y se detuvo un momento para colocarse los auriculares. Caminó despacio —más lento que de costumbre— y se perdió entre las casetas de la feria de artesanías del Parque Centenario^[9].

Fingí detenerme y mirar unos pequeños cuadros hechos con flores disecadas mientras ella abría su bolso y sacaba unos llaveros de cristales que en su interior, contenía esas mismas flores.

—Gracias, Dalia —dijo la mujer que atendía el puesto.

—Esta semana no pude hacer más —comentó ella con tristeza.

—¿El tratamiento no...?

Dalia eligió ese momento para mirar hacia su derecha y se encontró conmigo.

—O el mundo se empeña en cruzarnos —giró hacia mí— o vos me estás acosando.

—¿Todo bien? —preguntó un hombre que se acercó a ella.

—No te acoso, Dalia.

—Entonces, ¿cómo sabés mi nombre? —cruzó los brazos y enarcó una ceja.

—Acaba de llamarte Dalia —señalé a la mujer de la tienda con el mentón—. ¿No es ese tu nombre?

—Sí.

—¿Y quién sos vos? —preguntó el tipo inoportuno.

Quise golpearlo por acercarse a mi chica. ¿Mi chica? ¡¿Qué mierda fue eso?!

Sin entender lo que pasaba conmigo, me despedí de Dalia y caminé fuera del parque; necesitaba aclarar mi mente.

—¡Santiago! —su voz detuvo mis pasos.

Giré sobre mis talones y la vi avanzar con cierta dificultad. Fruncí el ceño al ver la palidez de su rostro y las ojeras oscuras que se marcaban debajo de sus ojos. Me apresuré a alcanzarla y la tomé en brazos cuando Dalia perdió el equilibrio.

—Gracias —murmuró, al tiempo que apoyaba las manos sobre mis bíceps y me miraba a los ojos.

La sonrisa que intentó darme se sintió forzada, como si le costara mucho esfuerzo ese gesto; no porque me tuviera miedo sino porque parecía cansada.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No, no lo estás —gruñí.

—No pasa nada —refutó y sus piernas tambalearon otra vez.

Molesto con su mentira, la alcé en brazos y caminé entre los transeúntes que nos miraban sorprendidos. A mí, eso me importó una mierda; en cambio ella, escondió el rostro contra mi cuello y me abrazó un poco más fuerte.

Se sintió tan tan bien.



Dalia cerró los ojos cuando la senté en mi auto y suspiró cansada. La observé por un momento; cada vez se veía más y más pálida. ¿Qué le sucedía?

Subí y nos coloqué el cinturón de seguridad. Ella me miró de lado y agradeció con un hilo de voz.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—¿Llevarme a casa?

Asentí en silencio y prendí el motor. Recitó su dirección en voz baja y temblorosa mientras yo me adentraba al tránsito.

—Me encanta esa canción —comentó—. Siempre que la escucho, cierro los ojos y es... Buenos Aires —la miré de reojo. Dalia sonrió antes de suspirar otra vez y girar su cabeza hacia la ventanilla—. No importa dónde esté, esa canción me hace sentir y anhelar Buenos Aires. Puedo pasar todo el día escuchándola porque es preciosa.

»No quiero soñar mil veces las mismas cosas... Ni contemplarlas sabiamente... Quiero que me trates suavemente...^[10]

Su voz, aunque cansada, era maravillosa y algo se apretó en mi pecho. Aquella mujer se convertía en un maldito enigma que anhelaba desvelar lo antes posible.

Me adentré al estacionamiento que había a pocos metros de su casa y agradecí en silencio que estuviera dormida porque, de no estarlo, hubiera descubierto la verdad: me conocían todo allí.

La alcé nuevamente y crucé la calle. Ella abrió los ojos y me pidió que la bajara.

—No —fue mi respuesta contundente.

Supongo que vio algo en mis ojos porque no insistió. Suspiró y volvió a apoyarse contra mi hombro.

Me sentía ansioso pues sería la primera vez que invadiría su espacio personal y hasta se sintió incorrecto. Me tragué la poca moral que me quedaba y asentí con un movimiento de cabeza al conserje que nos abrió la puerta. Aunque Dalia lo saludó con un susurro, el idiota no dejó de mirarme con recelo. ¡Qué ganas de partirle la cara que tenía!

Mi pequeña obsesión informó cuál era su piso y se lo agradecí en voz baja. ¡Si supiera que lo sabía todo de ella...!

La bajé despacio, envolví un brazo a su cintura antes de cerrar las puertas del ascensor y marcar su piso. Ella apoyó la frente en mi hombro y se sostuvo de mis brazos. Nunca la solté mientras subíamos; no quería alejarme.

Sus pasos fueron lentos y tambaleantes hasta el departamento. Al llegar, sacó las llaves del morral que llevaba y me las entregó con dedos temblorosos. Aquello me preocupó un poco más.

Abrí la puerta y volví a cargarla. Con el pie derecho, moví la hoja de madera. Al cerrarla, el sonido retumbó en el pasillo. Me importaba una mierda si los vecinos se molestaban.

Avancé hacia su habitación y la coloqué sobre la cama.

—Gracias.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —Dalia cerró los ojos y suspiró. No respondió a mi pregunta y eso me molestó— ¿Cuándo, Dalia? —insistí.

—No quiero comer.

—¡No me jodas!

La dejé en la cama y, de pronto, me encontré rebuscando en su cocina. Pan de molde, lechuga, tomate, fetas de queso gouda. ¿Serían suficientes dos sándwiches?

Abrí y cerré las puertas de su alacena hasta que encontré un vaso. Serví agua fría y me dirigí a la habitación con el plato en una mano y el vaso en la otra. Ella yacía de lado, con los ojos cerrados, en posición fetal y las manos escondidas entre sus rodillas. Algo apretó mi pecho al verla tan indefensa.

Me senté en la cama, dejé todo sobre la mesa de noche y la llamé con voz suave. Dalia abrió los ojos y, en ese instante, supe que me había convertido en su peón.

El peón de la Dalia.

No podía cumplir mi misión porque mi instinto me empujaba a protegerla.

Estaba absolutamente jodido.



Me fui antes de que despertara y después de asegurarme que comiera todo; también le hice prometer que me llamaría si necesitaba ayuda y anoté mi número en su teléfono. El personal, no el que usaba para mis misiones.

No retiré el auto del estacionamiento sino que vagué por la tardecita porteña sin prisa y con miles de preguntas en mi cabeza.

¿Quién carajos era, *realmente*, esa mujer? ¿Por qué alguien la quería muerta? ¿Qué pasaría si me contactaba con mi cliente y le decía que rompía el trato? ¿Buscaría a alguien más para llevar a cabo su cometido?

El miedo comenzó a instalarse dentro de mí. ¿Cuándo fue la última vez que sentí eso? Quizás, cuando acepté mi primera misión fuera de Argentina.

Recuerdo que subí a un viejo colectivo^[11], rumbo al norte —más precisamente a Iguazú^[12] porque mi objetivo estaba en Ciudad del Este—, con dos mudas de ropas y un documento de identidad falso dentro de mi bolso. Me mantuve con la cabeza gacha todo el tiempo y no hablé con nadie.

«*Si evitás las cámaras, todo irá bien* —había dicho mi jefe—. *De vos depende si seguís con vida o la triple frontera será lo último que vean tus ojos*».

Por supuesto que todo, *siempre*, dependía de mí y de mis instintos. Me había convertido en un fantasma y eso estaba bien para mí... Hasta ahora.

¿Y si la convencía de escapar conmigo? Quizás tuviéramos una oportunidad de... ¿De qué? ¡De nada! A mi lado, jamás tendría una vida como se merecía.

Por primera vez, odié ser quien era.



La frustración que sentía aumentaba cada día; sobre todo, cuando Leida, mi asistente, me pasaba reportes sobre Dalia. La muy inconsciente no dejaba de caminar sola por la ciudad durante la noche y, aunque vivía a pocas cuadras del Abasto^[13], me ponía loco pensar que algún hijo de puta podría dañarla.

Habían pasado dos semanas desde que ella se desmayara en mis brazos y la ansiedad comenzaba a picar por dentro. Me paré —como siempre— en aquella callejuela lateral al *shopping* y esperé.

Dalia se detuvo al final de la escalera y sacó sus auriculares. Me pregunté si estaría escuchando *Trátame suavemente*, otra vez. Sonreí y escondí las manos en los bolsillos. ¿Me creería si le dijera que yo *sí* la escuchaba en bucle? Ella me convirtió en adicto a esa canción.

Comencé a caminar despacio y me detuve cuando ella se detuvo. Rebuscó algo en su bolso y maldije al ver cómo un pelotudo^[14] se le acercaba por detrás.

¡Putá que lo parió!

Corrí ciego de ira y me lancé sobre aquel imbécil. Él no fue consciente de mi presencia hasta que fue demasiado tarde. Mis puños impactaron sobre su cuerpo y no lo dejé en paz hasta que estuve seguro de que estaba a dos segundos de morir.

Alcé la mirada pero ella ya se había ido. Dalia jamás se enteró de aquella pelea. Mejor así, no valía la pena asustarla.

Volví a esconder las manos en los bolsillos y caminé con pasos rápidos hasta su departamento. Llegué en el momento en que ella cerraba las cortinas y su silueta se dibujaba a contraluz. Deseé estar en esa habitación.

Pocos minutos después, un movimiento llamó mi atención. Fruncí el ceño al verla salir del edificio, cruzar la calle con decisión y pararse frente a mí con los puños cerrados y apoyados en su cintura. Era una cosita tan tierna que quise comerla a besos.

—Tenés dos minutos para explicarme qué mierda hacés acá o llamo a la policía.

—Llamalos —saqué el teléfono del bolsillo y la provoqué al extenderlo hacia ella.

—En serio, esto no es divertido, Santiago.

—Dijiste mi nombre.

—¿Y?

—Sonó lindo en tus labios.

Ella apretó los labios y exhaló con fuerza. Realmente estaba enojada y me encantó ver ese fuego en sus ojos; era mejor que aquella actitud desvalida que tuvo la última vez.

—Dejá de acosarme; me da miedo —susurró.

—Con una condición.

—Ninguna condición, Santiago. Déjame en paz, ahora.

Me alejé de la pared donde me recostaba y avancé despacio. Cuando levantó la barbilla, me di cuenta de su miedo pues sus labios habían temblado y pestañea más de lo normal.

—Si me aceptás un café, dejo de perseguirte. Lo prometo.

No, no voy a dejar de seguirte pero es mejor que no lo sepas.

—¿Un café y desaparecés para siempre?

Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos para observarla con detenimiento. Dalia no parecía demasiado feliz con sus palabras o, quizás, era yo el que se sentía molesto ante su pedido.

—Sí —mentí.

—Bueno —susurró—, pero no ahora.

—Por supuesto.

Me miró en silencio por un momento. Abrió la boca y volvió a cerrarla como si se negara a decir aquello que deseaba y esperé.

Esperé porque necesitaba saber qué mierda se le cruzaba por la mente.

—No creo que pueda ser en los próximos días —murmuró mientras bajaba la cabeza y miraba sus pies.

—¿Por qué no?

—Me voy de viaje.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Adónde?

Ella sonrió pero no alzó la mirada.

—No podés saberlo todo en la vida, Santiago —al fin se dignó a mirarme—. Nos vemos a mí regreso. Chau.

—Chau.

Cuando ya cruzaba la calle desierta, Dalia se detuvo y me miró por sobre su hombro; sonrió y ordenó:

—Andáte, Santiago. No quiero verte más acá abajo.

—Bueno.

—Lo digo en serio —insistió—. Si no te vas ya, no hay café.

—Solo espero hasta que entres al edificio.

—Bueno.

La vi alejarse despacio. Aquella vez, sus pasos eran más seguros que antes y, en cierta manera, eso me trajo calma pues no me gustaba la idea de que estuviera enferma.

Me alejé despacio, con las manos en los bolsillos y la mente llena de preguntas sin respuestas. ¿Por qué, de pronto, necesitaba cuidarla? ¿No era eso una actitud hipócrita de mi parte? ¿Qué clase de sicario de mierda se preocupa por el bienestar de su objetivo? Y, por supuesto, la pregunta del millón volvió a mí: ¿Quién y por qué la querían muerta?

Dalia se convertía en un enigma que necesitaba descifrar con urgencia.



Sin poder controlar mi cabeza, decidí vagar un poco más por las calles casi vacías mientras silbaba esa maldita canción que a ella le gustaba y se había instalado en mi mente. Así fue como los primeros rayos del sol me encontraron y me detuve en un portal al azar cuando el teléfono vibró contra mis dedos; lo saqué del bolsillo, deslicé el pulgar derecho sobre la pantalla y sonreí ante ese primer mensaje que ella enviaba:

Me gustó tu perfume.

No dudé ni un segundo y respondí con una sonrisa idiota en los labios. Ni siquiera recordaba cuándo había sentido esa sensación de vértigo en el estómago que me provocó su mensaje. ¿La había sentido alguna vez? Quizás cuando apretaba el gatillo pero no; esto era distinto en muchas formas. Más placentero, intenso y visceral.

Si querés, podés sentirlo otra vez.

Podría pero no ahora.

¿Cuándo?

Pronto.

Esa respuesta es muy vaga.

La vi escribir y escribir pero su mensaje no llegaba. Inspiré profundo para calmar mi ansiedad y volví a escribir.

¿Cuándo, Dalia?

Me tengo que ir.

Hablamos después.

Sin dudar, giré en dirección a su casa y comencé a caminar de prisa. Mi corazón latía con demasiada fuerza y la necesidad de verla comenzaba a joder mi mente. Algo me decía que esto no terminaría bien y eso, en mi mundo, era inadmisibile.

Odié cada colectivo, cada auto y cada maldita ambulancia que se cruzaron en mi camino; estaba perdiendo un tiempo que no tenía. Comencé a correr en un intento por recuperar esos minutos maravillosos que me obligaron a desperdiciar. La ansiedad creció más y más en mi interior.

Cuando llegué al edificio de Dalia, el portero^[15] —que se encontraba parado en la vereda^[16], con la manguera en una mano y una escoba en la otra— me miró con el ceño fruncido y dijo:

—Llega tarde; la chica del quinto ya se fue.

—¿Adónde?

—No sé —se encogió de hombros—; no soy chismoso.

—Sí, seguro —mascullé entre dientes mientras sacaba el teléfono del bolsillo y comenzaba a escribirle un mensaje.

—Pero... Estoy casi seguro que se fue lejos... —levanté la mirada.

—¿Por...?

—Llevaba un bolso bastante grande.

¿Cómo que llevaba un bolso grande? ¿Adónde mierda se fue? Pasé la mano por mi rostro y quise golpearme con fuerza; aquellos detalles no debían escapar de mi conocimiento. Cada vez más, metía la pata con esa mujer.



La tranquilidad no fue una compañera fiel en los días subsiguientes. Es que todo comenzaba a complicarse y era por mi culpa. No debí distraerme en cuestiones banales ni descuidar mi guardia frente a su edificio.

Dalia había desaparecido y no podíamos detectarla por ningún lado. Leida, quién tenía habilidades con las computadoras, logró ingresar a los sistemas de las empresas de transporte pero no habían registros a su nombre. Tampoco hubo coincidencias en los vuelos o el ferry a Montevideo. ¿Cómo hace una persona para desaparecer así como así?

Excepto que tenga ayuda.

Aquel pensamiento comenzó a rondar en mi mente y me jodía cada vez más. ¿Y si Dalia no era su nombre real? ¿Y si la querían muerta, precisamente, porque estaba metida en mierdas ilegales? A simple vista, era una chica común que vivía de su trabajo y no tenía muchos amigos pero ¿y si eso era una fachada?

Me sentí un estúpido al imaginar que fui engañado por alguien que tenía casi la mitad de mi edad. Entonces, rompí todo lo que había en mi apartamento.

Incluso mi cama.

Leida llegó cerca de las siete de la tarde y entró esquivando las mierdas rotas que había en el piso. Se paró en medio de la sala, apoyó las manos en la cintura y dijo:

—¿Y adónde carajos me voy a sentar?

Aquella mujer era imperturbable; quizás por eso la elegí para trabajar a mi lado y porque me daba el equilibrio que necesitaba en momentos de mierda como ese.

—Tenés que dejar este caso, ahora, Santiago.

—No me rompas los huevos.

—Te lo digo en serio —insistió—. No sé qué mierda te pasa pero esto... —señaló el departamento roto— Esto no es normal ni sano.

—¿Creés que nosotros somos normales o sanos? —me burlé y ella torció los labios— Leida, está todo más que bien.

Ella aspiró fuerte y agitó la cabeza en negación. La ignoré porque no tenía ganas de escuchar sus mierdas; suficiente tenía con las mías.

—¿Qué tan sobrio estás? —indagó con la mirada puesta en los pedazos de vidrios que había al lado de la pared. Al no contestar, suspiró y dejó caer los hombros— ¿Me vas a decir, al menos, qué mierda pasa por tu cabeza?

—Nada —ella enarcó una ceja—. Nada, Leida.

—Bien, si vos lo decís... —canturreó y se centró en su bandolera de cuero marrón desgastado. Sacó un sobre y lo extendió hacia mí— Llegó esto hoy.

Con tres zancadas, acorté la distancia y le quité el sobre de las manos. Rasgué el borde y extraje los papeles. Una foto cayó al suelo y me agaché a recogerla.

Dalia.

Acaricié su imagen despacio e ignoré lo demás. Me perdí en las facciones de mi dulce tormento y sentí la necesidad de verla en ese instante.

—Ella es el problema —levanté la mirada ante el comentario de Leida—. Te gusta —lo afirmé, no preguntó. Abrí la boca para negarlo mas ella chasqueó la lengua y agitó la cabeza otra vez—. Esa es tu mierda, Santiago. No la mía.

Se alejó hacia la cocina y volví a mirar la foto. Pocos minutos después, apareció con una escoba y comenzó a barrer el desastre que había creado en mi morada. No volvió a preguntar ni yo expliqué lo que me pasaba por dentro.

Dejé el sobre en el único estante que sobrevivió a mi ataque, ese que almacenaba un par de novelas negras que nunca leí y que Leida insistía en regalarme en cada cumpleaños. ¿Cuándo entendería que los asesinos a sueldo no leen novelas? Algunas veces, esa mujer me sacaba de mi eje y no sabía cómo reaccionar ante sus excentricidades. Quizás esa fuera la razón por la que sentía aprecio por ella, porque no comía mi mierda y me mandaba al carajo cuando lo merecía.

El portero eléctrico sonó al mismo tiempo que un mensaje llegó a mi teléfono. Mi compañera de aventuras dijo que ella bajaría por la pizza y yo asentí mientras agarraba el celular y veía que el mensaje provenía de un número desconocido.

El tiempo pasa, señor Alberti.

El trabajo ya debería estar hecho.

Fruncí el ceño. ¿Era mi misterioso empleador?

¿Cómo consiguió mi número?

Tengo mis recursos.

¿Se lo dio mi asistente?

Acá, lo importante, es saber por qué mierda el trabajo no se hizo todavía.

¿Quiere más plata? ¿Es eso?

Porque no hay más.

No.

¿Se arrepintió?

No.

¿Entonces?

Necesito saber por qué quiere desaparecer a Dalia.

¡Ah! Ya veo.

¿Qué?

Dalia. Así la llama.

¿Ahora son amigos?

Me decepciona, señor Alberti.

Quise decirle que no me rompiera las pelotas pero eso iba en contra de mis propias reglas: un cliente satisfecho es un cliente que vuelve y paga más. Además, asegurarle que no existían vínculos entre esa pequeña y yo, sería una mentira.

No tiene por qué preocuparse, señor...

Esperaba que aquel desconocido mordiera el anzuelo y se le escapara un apellido, un nombre, algo que me diera una pequeña luz por dónde comenzar a investigar. Tenía que descubrir quién estaba detrás de todo eso.

Buen intento pero no conseguirá mi identidad, señor Alberti.

Lo contraté porque me aseguraron que usted jamás preguntaba estupideces.

¿Su identidad es una estupidez?

Su curiosidad lo es.

Leida abrió la puerta del departamento y se acercó para ver los mensajes cuando le mostré la pantalla desde lejos. Frunció el ceño y dijo:

—Tenemos un número. Podemos localizar su ubicación.

—Bien.

Bajé la mirada y escribí un nuevo texto repleto de mentiras.

Si me dice sus razones, quizás pueda comprender mejor a mi objetivo.

Observé la pantalla con ansiedad. Mi cliente anónimo aparecía en línea pero no respondía. ¿Era tan difícil teclear y dar una puta respuesta?

Leida tenía el ceño fruncido, al igual que su boca, mientras tecleaba en su teléfono.

¿Por qué no me ayuda a entenderlo?

Si me diera algo más que esto, haría mejor mi trabajo.

Eran tres premisas, ¿cuál ya cumplió?

¿Se acercó a ella?

¿Se ganó su confianza?

¿Ya la enamoró?

Inspiré profundo; ese hijo de puta jugaba con mi mente y quería asesinarlo a él y no a ella.

Si me diera algo más, mi trabajo sería más fácil.

¿Y ganar dinero sin hacer nada?

¿Matar no es suficiente?

No.

Entonces, vi que se desconectaba. Odié su mierda y odié a ese hijo de puta que jugaba conmigo con absoluto descaro.

¿Por qué me miente? Era evidente que había algo personal y tenía toda la intención de descubrirlo.

Me paré frente a la mesada^[17] y abrí la caja de pizza. Leida sacó dos *Schneider*^[18] de la heladera y las abrió. Yo saqué los platos y corté dos trozos de papel de cocina para limpiarnos las manos.

—Esto es personal —dije—. Ese tipo tiene algo en contra de Dalia.

—¿No lo tienen todos los que nos contratan? —preguntó antes de dar un mordisco a su pizza.

—Sí, pero esto es distinto.

—Distinto, ¿cómo?

Mastiqué el bocado despacio, con la mente perdida en miles de ideas que no lograban conectar con una razón válida para quererla muerta.

—No entiendo por qué insiste en esos tres pasos. ¿Por qué le importa que me gane la confianza de esa chica o que la enamore? Eso no tiene sentido.

Leida apoyó el culo contra el borde de la mesada y cruzó los brazos. Miró a lo lejos y bebió un trago de su cerveza.

—Un ex despedido —murmuró al fin y me miró a los ojos—. El tipo seguro que la odia porque ella lo abandonó y es tan cobarde que no encontró otra manera para vengarse.

—No sé.

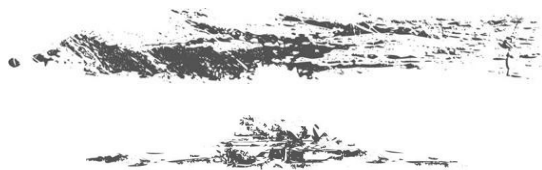
—Es una alternativa, Santiago. Cuando uno nace pelotudo, muere pelotudo... y hace pelotudeces.

—Puede ser —mordí otro pedazo de pizza.

—Si hay algo que me enseñaron las redes sociales —murmuró tranquila— es que, el anonimato da cierta libertad para agredir y no sentir culpa. Por supuesto que nosotros no

sentimos culpa porque sería una pelotudez sentirla en esta profesión pero... los boludos tienden a actuar como este tipo. Así que para mí, es un ex despechado.

Me quedé pensando en sus palabras y un odio profundo se instaló en mi interior. De pronto, mis objetivos habían cambiado. Sí, me acercaría y enamoraría a Dalia pero no la mataría; ese honor se lo llevaría mi cliente. Solo debía descubrir la identidad de ese hijo de puta y su vida acabaría en menos de lo que canta un gallo.



Leida trabajó en esa localización durante dos días y yo me encargué de sacar la mierda que rompí en el departamento. El portero me miró con curiosidad pero lo ignoré; odiaba la gente metiche y ese era el rey de los metiches.

Los siguientes días no tuve oportunidad de hablar con Leida más que para recibir información sobre mis objetivos inmediatos. Tenía tanta frustración e ira dentro de mi organismo que la necesidad de matar se volvía imperiosa.

Así fue como empecé la noche caminando por los alfombrados pasillos del *Four seasons* hasta la habitación donde se alojaba mi presa.

La barba postiza y la peluca me picaban como nunca lo hicieron y eso aumentó mi malestar. Me acomodé los guantes de cuero antes de llamar a la puerta.

Sentí asco cuando el imbécil me abrió la puerta vestido con una bata de seda negra que dejaba al descubierto su escuálido y lampiño pecho. Se hizo a un lado y me invitó a pasar a la habitación con un ronroneo que intentó sonar seductor.

Asco.

Pasó la mano por mi espalda y debí controlar el impulso de girar y cagarlo a trompadas^[19]. Miré la habitación con detenimiento. Nada mal para ser lo último que ese hijo de puta viera en su vida.

—Qué cuerpo tan delicioso —murmuró y me apretó una nalga. Presioné los dientes con fuerza e inspiré profundo—. Te ves tenso, bebé.

Cuando comenzó a masajearme los hombros, me corrí^[20] y giré hacia él.

—Te quiero en la cama... Ya.

—¡Ah! Me gustan los mandones —me guiñó un ojo y obedeció.

Tuve ganas de vomitar al verlo deshacerse de la bata y gatear sobre la cama. Le ordené que cerrara los ojos y se quedara quieto. Él suspiró.

Llevé la mano hasta mi cintura y saqué a mi princesa. Mientras colocaba el silenciador, recordé todos los datos que Leida me había pasado y, al apuntar a su nuca, sonreí al saber que muchas personas se liberarían de un juez de mierda que solía desestimar causas de abusos sexuales a cambio de una buena suma de dinero. De vez en cuando, me sentía un justiciero.

Salí del hotel con calma, caminé tres cuadras y me subí a la moto que usaba para mis trabajos. Mientras avanzaba por 9 de julio^[21], la maldita canción de *Soda Stéreo* sonó en mi cabeza y de pronto, observé al obelisco con otros ojos.

¿Dónde puta te escondiste, Dalia? ¿Cómo puede la tierra tragarse a una persona?

Aceleré un poco más. El viento sopló en mis oídos y la frustración pareció burlarse de mi suerte.

La clave es el Marie Curie.

Estacioné en Sarandí y México. Miré el reloj. Una y veintiocho de la madrugada. Me quité el saco^[22] que llevaba, abrí el baúl y lo guardé dentro. El viento me acarició la espalda por un

momento antes de que me colocara el buzo^[23] y subiera la capucha. Cerré la baulera y volví a mirar a mi alrededor. Un viejo borracho me miraba desde la vereda de enfrente.

Crucé la calle con la mirada puesta en ese decrepito que apenas podía sostenerse sentado contra la pared. No dudaba que viera mi arma cuando me saqué el saco. Me detuve frente a él y dije:

—Yo sé que viste lo que tengo. Si no querés terminar con un agujero en la cabeza, cuidame la moto —asintió con un agitado movimiento de cabeza—. Bueno, la quiero intacta, ¿escuchaste?

—Sí, amigo. Yo se la cuido.

Escondí las manos en los bolsillos y caminé despacio hasta Combate de los Pozos y Venezuela. Allí, tal como había acordado con mi cliente, me paré en frente de la ferretería, medio escondido en la oscuridad y esperé. Pocos minutos después, levanté la cabeza al oír pasos.

La mujer todavía llevaba el uniforme de la federal^[24]. Me miró con recelo cuando dijo mi nombre de guerra. Asentí con la cabeza y ella extendió la mano. Agarré el papel arrugado que me daba y la escuché decir:

—Que sea lento y doloroso.

Y así fue. A veces, la misma policía se encontraba con las manos atadas y era allí cuando yo intervenía. En algunos casos, como ese, no cobraba sino que lo hacía por el simple placer de sentirme un justiciero.

Para las tres y cuarenta y dos de la mañana, y después de tener una habitación olorosa cubierta de sangre, orina y materia fecal de ese maricón^[25], abandoné el conventillo^[26] con la satisfacción de saber que había liberado a una familia de un hijo de puta abusivo.

Aún me quedaba una parada más.

La cita se dio en los bosques de Palermo. Estacioné la moto detrás del BMW X4, color plata, que esperaba por mí —en realidad, creía que era uno más de sus proveedores de drogas y putas—. Dejé el casco sobre el manillar y me acerqué. El tipo me abrió la puerta y subí. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar ante el golpe de mi puño contra su nariz. El ruido de huesos que se quebraban fue tan satisfactorio que golpeé una vez más, aunque no fuera necesario.

Cerré el puño sobre su cabellera y tiré, el tipo intentó alejarse y lo golpeé de nuevo. Entonces, cuando se quejó de dolor, saqué la navaja de mi bolsillo y susurré cerca de su cara:

—Lutienzzo te manda saludos.

Clavé la navaja en sus bolas y bajé del auto con sus gritos de dolor como despedida. Subí a la moto y miré alrededor; estaba seguro que moriría desangrado antes de que llegara ayuda pero ese no era mi problema; cuando intentás cagar a un pez más gordo, las consecuencias son sabidas. Yo solo era el ejecutor.

Arranqué la moto y regresé a casa, aún pensando dónde mierda estaría mi Dalia.



Mi corazón latió en paz cuando, al fin, Dalia apareció. Bueno, técnicamente, no apareció sino que recibí un mensaje pero eso son detalles que no cambian lo que sentí en ese momento. Detalles que, con seguridad, calmaron a la bestia indomable que clamaba por sangre en mi interior. Y es que aquella noche de maratón asesina me llenó de adrenalina y quise más. Quizás fuera esa la razón por la que sonreí al ver que la cara del dirigente deportivo aparecía en todas las noticias y hablaban de un asalto a azar.

Bebí mi Schneider mientras escuchaba más y más mentiras. Por supuesto que nadie explicaría que ese hijo de puta estaba metido en la mafia de la noche porque eso salpicaría a la política, la policía, el deporte y por supuesto, el mundo del espectáculo. Además, mi cliente tenía línea abierta con el ministro de seguridad. ¡Qué belleza todo!

Con el correr de las horas, comenzaron a hablar de un asesinato por encargo y eso aumentó mis niveles de endorfinas. Caminé por la ciudad con la extraña sensación que podían identificarme pronto y eso fue como una inyección de adrenalina, tan peligrosa como adictiva. Así pues, me obsesioné con las noticias y permanecí muchas horas sentado frente al televisor (no es que tuviera algo más que hacer).

Un «¡ding!» suave, seguido de una vibración sobre mi pierna izquierda, me llevó a sacar el teléfono del pantalón y sentir cómo el aire me faltaba al abrir el mensaje.

Lo prometido es deuda.

Nos vemos frente al paseo La Plaza a las nueve de la noche.

(Si es que todavía querés ese café).

Sí quiero.

Contuve la respiración esperando su respuesta. Dalia aparecía en línea y había visto mi mensaje pero no contestaba.

Pero si vos no querés...

A las 9.

Se desconectó y no supe qué hacer; no solía tener citas con mujeres. De todos los trabajos que me encomendaron, aquel era el más simple pero complicado a la vez, también el más extraño y que mayores desafío me generaba.

¿*Ya la enamoró?* Esa pregunta me carcomía la cabeza. No entendía por qué carajos mi cliente misterioso quería que la enamorara. Tal vez Leida tenía razón y era un tremendo pelotudo que se había obsesionado con Dalia. Y me sentí sucio porque, aunque no lo pareciera, en mi mundo hay códigos.

Lástima que me guste demasiado la guita...^[27]

Intenté no pensar en nada. Esto era trabajo y así debía conducirme. El cargo de conciencia y la culpa jamás fueron mis amigos así que no empezaría ahora.

¡Y que todo me chupe un huevo!

Pero a veces, las cosas no salen como uno desea y me encontré mirándome en ese espejo viejo y lleno de vaho que tenía en el baño.

Nunca fui vanidoso pero sabía lo que tenía, empezando por mi metro noventa de altura que me hacía destacar sobre los demás. Mis noventa y cinco kilos se traducían en músculos definidos que con tanto esfuerzo mantuve durante los últimos diez años.

Giré despacio y me sentí satisfecho al ver que mis cuarenta no trajeron consigo esa barriga cervecera que solía ver en los demás. Me quité la toalla y me miré de frente.

Sí, «el muñeco» era mi mayor orgullo.

Cerré la mano alrededor de mi verga y comencé a acariciarme al tiempo que también cerraba los ojos y la imagen de Dalia venía a mi mente. Fantaseé con ella de rodillas, su boca acariciándome la pija^[28], humedeciendo mi erección con esos tremendos labios succulentos y la mirada puesta en mí. Aumenté la presión de mis dedos y el ritmo de mi paja. Las bolas se sintieron más duras y mis fantasías se sentían tan tan vivas que mi descarga fue imparable.

Un gruñido profundo retumbó en el baño y el calor espeso de mi leche corrió entre mis dedos. Me temblaron las piernas y debí sostenerme por el borde de la pileta^[29] para no caer. Abrí los ojos y me miré al espejo; ahí fue cuando me di cuenta que estaba jodido. Ella me interesaba y no porque fuera mi objetivo.

Me limpié rápido y salí del baño con la cabeza llena de ideas sin sentido. Me preguntaba si ella me vería atractivo, si mis facciones cuadradas serían de su agrado o si me vería como un viejo de mierda ridículo que se vestía con jeans negros y camisa blanca. Un clásico.

Ni siquiera me permití analizar esas desgraciadas canas que comenzaban a pintar mi frente y se empeñaban en delatar mi edad.

Furioso conmigo mismo, agarré las llaves, el teléfono y salí rumbo a la avenida Corrientes. Quizás nadie se diera cuenta pero, en mi interior, la inseguridad danzaba con la baja autoestima y todo a consecuencia de una piba^[30] que bien podría ser mi hija.

Pero no lo era.

Porque nunca tendría deseos de cogerme a una hija como quería hacerlo con ella.

Definitivamente, en este puto juego de ajedrez llamado vida, Dalia me convirtió en el más infeliz de los peones.



Caminé con los dientes apretados y los puños escondidos en los bolsillos porque la frustración es una mierda que, a veces, uno no puede controlar. Las luces de la avenida parecieron brillar más cuando, desde lejos y entre la gente, la vi.

Dalia detuvo su andar al verme y, lejos de asustarse, me sonrió. Algo difícil de definir con palabras se expandió por mi pecho y quemó; quemó de una manera placentera y única. Me sentí un pendejo^[31] de quince años otra vez y fue maravilloso.

—Hola —me dijo cuando se detuvo frente a mí, al mismo tiempo que se quitaba los auriculares y ampliaba la sonrisa.

La miré en silencio, sin que un solo músculo se me moviera en la cara, con las manos en los bolsillos y el corazón latiendo con fuerza.

¿Qué mierda me pasa? ¿Desde cuándo me quedo sin saber qué hacer?

Dalia se balanceó sobre sus talones; su ansiedad era evidente. Apretó un poco más el agarre que mantenía en la correa de esa bandolera que le cruzaba el pecho.

La miré sin vergüenza alguna porque yo era así: impertinentemente hijo de puta.

Llevaba unos jeans de un celeste desgastado, con patas de elefante y unas flores bordadas con brillos; una remera blanca que se adhería a sus pequeñas curvas y la hacían mucho más vistosa. Leer la inscripción de su camiseta me llevó a levantar una ceja y decir en voz alta:

—¡Bueno!

Dalia lanzó una sonrisita baja.

—Mejor advertir, ¿no?

Fue la primera vez que quise sonreír en mucho tiempo y es que esa mujer era una provocadora nata. Había que tener un buen par de ovarios bien puestos para llevar una remera que dijera:

«¡Cuidate!

Tengo master en atender boludos»

Ella dejó morir su sonrisa y no sé porqué el aire porteño se sintió más frío y hostil. Me acerqué un poco más y elevó su rostro para verme a los ojos. No fue hasta ese momento en que fui consciente de lo bajita que era.

Pequeña y maleable.

Con ojos de tigresa y boca provocadora.

No debía tener esos pensamientos y sin embargo, eran inevitables. Una ráfaga de viento trajo su perfume hasta mí; un olor dulce y especiado. Chocolate.

—¿Y ahora? —dijo.

—¿Un café? —nunca quise que mis palabras sonaran como una pregunta pero al parecer, ella tenía un efecto inesperado sobre mí; algo que comenzaba a incomodarme.

—Un café está bien —sonrió con timidez.

—Vamos.

Dalia giró hacia la entrada del paseo y yo, sin saber por qué, coloqué la mano abierta sobre su espalda. Me impresionó lo delgada que era pues mi intención fue guiarla con un toque en su cintura pero el largo de mis dedos casi abarcó media espalda. Mi mente comenzó a imaginar miles de escenarios íntimos donde recorría su pequeño cuerpo y la convertía en mi pequeña maleable.

Me centré en la gente que entraba y salía del lugar con la intención de desviar mi atención de esos pensamientos mas el destino es una mierda cruel y envió a un boludo con auriculares que venía mirando el teléfono; entonces, la chocó y ella perdió el equilibrio. Reaccioné por instinto y la apreté contra mí; su mejilla descansando entre mis pectorales y su pequeña mano en mi abdomen. La oí jadear y bajé la mirada.

Las pestañas de Dalia revolotearon y me perdí en ese mar oscuro que eran sus ojos. De pronto, todo se esfumó a nuestro alrededor y solo quise probar su boca. Como si pudiera leerme la mente, ella sacó la punta de la lengua y humedeció sus labios.

—No hagas eso —gruñí en voz baja.

—¿Por qué no?

—Porque quiero comerte la boca y eso no estaba en mi promesa de «solo un café».

—¿Y si yo quiero que me comas?

Mis dedos intensificaron la presión sobre su piel. Ella sería mi caída al infierno si continuaba provocándome. Y no me molestaría cenar con el mismo Satanás si eso me daba la posibilidad de cogerla como imaginaba.

Nos quedamos en silencio mientras el murmullo circundante se desvanecía y ya nada importaba más que esa boca succulenta.

»¿Y si yo quiero que me comas, Santiago? —insistió.

—Tenés dos segundos —advertí con voz profunda.

—¿Dos segundos para qué?

—Para decirme que no.

—¿O...?

—O te arrastro hasta mi auto y te prometo que voy a cogerte hasta que me muera de un infarto.

—Mil uno... mil dos.

No dudé ni me importó lo que la gente pudiera pensar. En realidad, siempre me chupaba un huevo los demás; hoy más que nunca.

Hoy, quería tenerla entre mis brazos. Debajo de mí, con las piernas abiertas como la mayor de las ofrendas. Arriba, montándome como la mejor amazona. De lado, con mi mano adueñándose de sus pequeñas tetas. En cuatro, mientras le daba duro todo lo que me pidiera y más; mucho más. Y, si se diera el caso, la cogería hasta haciendo la vertical.

Así de loco e impulsivo me ponía. ¿Y saben qué? Todo me chupaba un huevo^[32].

Salvo encontrar a mi cliente misterioso para meterle un tiro en el medio de la frente.



El viento de la nochecita me dio ese aire que necesitaba después de tenerla tan cerca. Se sintió extraño el roce de sus dedos contra mis nudillos y sin pensar demasiado, la tomé de la mano. Era

la primera vez en mi vida que vagaba por la ciudad de la mano con una mujer.

E Y se sintió... diferente.

No hablamos mientras íbamos por mi auto. Un silencio cómodo que me mantuvo en calma, al menos, hasta que dos policías de la federal me miraron a los ojos cuando venían hacia mí. Si Dalia fue consciente de la tensión de mi cuerpo, no dijo nada. Levanté el mentón y fingí estar mirando a lo lejos. Por el rabillo de los ojos, analicé cada movimiento de ese par y me relajé al ver que seguían de largo.

—A mi casa —dijo ella cuando le pregunté si quería ir a algún lugar en particular.

De nuevo, el silencio se hizo presente y me pregunté si escucharía los latidos desenfrenados de mi corazón. Algo tenía esa mujer que me movilizaba por dentro y me obligaba a mirarla de reojo en cada ocasión que tuve.

Dalia se inclinó hacia el estéreo y cambió el dial de la radio. Frené en el semáforo y la miré con una ceja enarcada.

—¿Qué? —dijo— ¿No te gusta Aspen^[33]?

—Sí.

—¿Entonces?

—Nada.

—Algo es —insistió.

Arranqué de nuevo y no contesté de inmediato. ¿Cómo decirle que aquella era mi radio favorita? Sí, definitivamente, era un viejo.

—No pensé que te gustaría ese estilo de música.

—Soy una chica ecléctica.

De nuevo, ella dibujó una pequeña sonrisa en mi rostro.

A pesar de aquel pequeño intercambio, el viaje se sintió demasiado largo y, tal parece, ella compartía mis percepciones porque exhaló un suspiro cansado cuando entramos a las cocheras. Bajé con las piernas temblorosas y la seguí como si tuviera una soga invisible enlazada a mis bolas y ella fuera la dueña de mi masculinidad.

Tan chiquita y con tanto poder.

No tengo imágenes precisas de todo lo que sucedió a partir de que salimos de las cocheras hasta llegar a la puerta de su departamento. Mi mente no podía captar nada más que ese culo grandioso que se balanceaba delante de mí y dirigía nuestro andar.

Quise besarla en el viejo ascensor pero me contuve pues sabía que yo no era de piquitos. Bueno, en realidad, besaba poco y cogía mucho pero, con ella, quería descubrir lo que se sentía besar con calma.

Así pues, me paré detrás de Dalia y escondí las manos en los bolsillos mientras ella abría la puerta; de no hacerlo, la hubiera cogido ahí mismo.

Entonces, entramos y mi mundo cambió.



Dalia caminó hasta el medio del minúsculo departamento y dejó su bandolera sobre la mesa. Miré su pequeño hogar; todo tan... ella. Paredes pintadas en un tono salmón suave, con detalles esponjados en blanco que simulaban nubes. Tenía pocos muebles, hechos todos en pino y MDF. Una mesa con cuatro sillas en el centro, un escritorio en el rincón derecho, una estantería que hacía de biblioteca. A la izquierda, un mueble donde había un televisor y más estantes con libros. Algunos cuadros coloridos que reproducían las obras de Quinquela Martín^[34]. Un florero alto pero delgado destacaba solitario y vacío sobre la mesa.

—Bienvenido a la *Dalicueva* —dijo y sonreí de lado—. Sé que es chiquito pero es mi hogar —se excusó y caminó hacia la cocina. La seguí con la mirada—. Espero que no te moleste. A mí me gusta que todo esté cerca y... —hablaba de manera apresurada.

—Dalia.

—¿Sí? —detuvo su andar justo al lado de la barra que separaba la cocina del resto de su departamento.

—¿Estás nerviosa?

—Eh... No —elevé una ceja y ella suspiró—. Sí... ¡No sé! —movió los hombros con frustración—. No suelo hacer esto.

—¿Qué cosa?

—Tener sexo casual —bajó la mirada y sus mejillas se tiñeron de rosa—. Tampoco vienen hombres a mi departamento.

—¿Me tenés miedo?

Caminé despacio. Dalia comenzó a deslizarse hacia un lado sin levantar la mirada del suelo. Me detuve justo frente a ella y apoyé las dos manos sobre el desayunoador, atrapándola entre mis brazos y la sensación de poder fue maravillosa.

»¿Me tenés miedo? —insistí.

—No.

—¿No tenés miedo que sea un asesino serial? —ella torció los labios, arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—No, Santiago.

—¿Por qué?

—Porque todos, en algún momento, vamos a morir —levantó la mirada—. Tarde o temprano vamos a morir. Tenerle miedo a la muerte es una boludez.

—Es verdad pero hay maneras y maneras de morir.

—Mil maneras de morir —dijo y rió bajito.

—Algo así.

—¿Sabías que los franceses dicen *le petit mort* para referirse al desvanecimiento o pérdida de consciencia después de un orgasmo? Se da en las mujeres —aclaró.

Si yo estaba caliente, con aquel comentario, comencé a incinerarme. Las pestañas de Dalia revolotearon ansiosas cuando volvió a mirar el suelo. ¿Cómo podía tener vergüenza después de

lo que decía? Yo debía estarlo, no ella. Es decir, tenía la pija tan dura que me dolía y eso no se podía ocultar.

—¿Alguna vez...?

—No —se rió—. No tuve ese placer —levantó la vista—. Literalmente.

Y ya no pude controlarme.

Mis labios chocaron con esos que se habían convertido en mi obsesión y me apoderé de su alma. Dalia gimió, yo gruñí. Sus manos se apoyaron temblorosas en mis hombros mientras yo cerraba la mano izquierda alrededor de su cuello y enlazaba el brazo derecho a su cintura. La alcé sin dudar y la senté en el desayunoador. Me metí entre sus piernas y empujé su hermoso culo hacia adelante hasta sentir el calor de sexo contra el mío.

Deslicé la mano por debajo de su remera^[35] y disfruté del calor y suavidad de su piel. Un sonido fiero escapó de mis labios al darme cuenta que ella no usaba corpiño^[36].

¡Qué hija de puta!

Dalia atrapó mi labio inferior con los dientes y tiró. Gruñí otra vez. Entonces, comenzó a chuparlo y me sentí drogado de placer. Mi pija me dolía como la puta madre y todo era responsabilidad de esa cosita chiquita y provocadora.

Cerré la mano alrededor de su cabellos y tiré. Ella gimió bajito y me perdí un poco más. Mi lengua invadió su boca en busca de la suya y esos suaves movimientos arremolinados que hizo, me calentaron un poco más. Presioné los labios porque necesitaba comerla, disfrutar de ese caramelito joven que no sabía con quién mierda se estaba metiendo. No estaba seguro si ella era una loca inconsciente o yo un hijo de puta afortunado. Al final, nada importaba más que cogerla hasta morir.

Me alejé un momento y apoyé la frente contra la suya, nuestras respiraciones agitadas y las pieles con cierta humedad.

—Bebé, yo quiero tratarte suavemente —confesé, emulando su canción favorita— pero me la ponés difícil.

—Prefiero ponértela dura.

—Putas que lo parió —refunfuñé con voz ronca y volví a besarla. Esta vez, no fui gentil.

Le di todo y le exigí en partes iguales. Y ella... Ella era una diosa provocadora que aceptó el reto y me puso a sus pies. La remera que tenía puesta terminó en el suelo y mis manos, felices con el resultado obtenido, se apoderaron de sus tetas duras.

—Son chiquitas —dijo contra mis labios y me aparté para verlas mejor.

Los pezones duros y calientes se sintieron perfectos entre mis dedos. Las areolas oscuras y arrugadas destacaban contra su tersa piel y no pude resistir la tentación de agacharme y chupar un pezón, luego el otro. Mordisquear. Lamer. Besar. Aspirar su olor. Perderme en ella.

Dalia emitía jadeos suaves mientras sus dedos masajeaban mi cuero cabelludo y estimulaba aún más a mí ya necesitado cuerpo.

Busqué el botón de su pantalón y lo desprendí con prisa, al igual que ese cierre maldito que se burló de mis dedos temblorosos mientras Dalia no paraba de emitir sonidos deliciosos ante la atención que sus tetas recibían de mis labios. Al fin, el jean quedó olvidado junto a la remera y di un paso hacia atrás. Ella dijo mi nombre y yo ordené que se quitara la tanga diminuta que traía puesta.

Mientras se movía despacio, su mirada se clavó en la mía. Negra, fiera, demandante. De nuevo, la Dalia puso al peón a sus pies.

—Subí los talones —fue todo lo que pude decir.

Se inclinó y apoyó las manos en el borde del desayunador, levantó las piernas y sus talones quedaron pegados al otro extremo del mueble. Así, abierta, su sexo brilló ante mis ojos y con desesperación fui en busca de su sabor.

Caí de rodillas ante ella y acerqué la cara a su vulva depilada. Mi lengua entró en contacto con su pequeña abertura solo para tentarla durante un momento antes de arrastrarla en busca de su clítoris. Duro. Caliente. Delicioso.

Nuevos jadeos de mi reina desesperada me invitaron a atrapar su botoncito con los labios y como el buen peón que era clavé los dedos en sus muslos temblorosos y chupé con devoción. La sentí retorcerse, humedecerse un poco más y me propuse volverla loca. Mi lengua se arrastró hacia su abertura y de nuevo a su clítoris. Una y otra vez.

Dalia lloriqueaba y a mí la pija me iba a reventar los pantalones. Me dolían las bolas como jamás lo hicieron.

Me propuse darle el primer orgasmo y trabajé duro en ello. Al fin, ella lloriqueó mi nombre mientras tiraba de mis cabellos y convulsionaba contra mi boca.

Perfecta.

Me levanté en busca de su boca y sus piernas se enredaron en mi cintura. La besé con urgencia, poseído y alienado. Ella mordisqueó mis labios y comenzó a sacarme la camisa. Por supuesto que no me opuse a ello. Necesitaba sentir sus manos sobre mi piel.

Dalia cortó el beso y me miró a los ojos cuando arrastró las uñas sobre mi torso. Bajó la mirada y se mordió los labios.

—Hermoso —susurró y yo me sentí grande, poderoso—. Me gustás mucho.

—Y vos me volvés loco —respondí y volví a besarla.

No entendía qué sucedía conmigo. Antes de ese momento, jamás sentí la urgencia de besar a una mujer; mucho menos, desear su aprobación.

Ella lo cambiaba todo.



Entre besos y caricias, le robé dos orgasmos más antes de alzarla y llevarla a la cama. Amé sentir su piel suave y húmeda contra mi torso, la calidez de su aliento contra mi cuello y la fuerza de sus piernas alrededor de mi cintura.

Mi chica koala.

¿Acaso dije «mi»? ¿Qué carajo me pasaba?

Al dejarla sobre la cama, obtuve la respuesta: Dalia me pasaba.

Me desvestí de prisa mientras me autorizaba a soñar en silencio. Solo por esa noche fingiría que ella era mía y la haría feliz.

Una *petit mort*.

O dos...

Me metí entre sus piernas y apoyé los antebrazos a cada lado de su cara.

—Santiago...

—¿Mmm?

—No quiero que seas suave —susurró.

—Vamos paso a paso —insistí y ella negó con la cabeza.

—No. No quiero que me trates como si fuera a romperme porque no lo voy a hacer —apoyó las manos en mis mejillas—. Cógeme como a vos te gustaría... —su mirada fue de uno a otro de mis ojos— Por favor.

La necesidad que vi en sus ojos se fundió con la idea de vulnerabilidad que tenía de ella y me desorienté. Ella musitó otro «por favor» y no pude negarme. Me alejé lo suficiente para girar su cuerpo y gruñir que se pusiera en cuatro. Su culo grandioso casi me hace acabar en ese momento.

Ella, sabedora de sus provocaciones, me miró por sobre su hombro. En reprimenda, le di un cachetazo en el culo y jadeó. A mí me encantó ver cómo su piel se volvía rosa. Me incliné y no fue difícil cubrir su cuerpo con el mío. Le mordí el hombro derecho mientras deslizaba mi mano hasta alcanzar su sexo y provocar a su clítoris. Volvió a gemir bajito.

—Quiero que grites fuerte —demandé.

—No. Los vecinos.

—Esos, ¡que envidien! —gruñí y lamí su cuello. Dalia suspiró—. Hablo en serio —insistí.

—No.

Casi como si fuera un desafío donde mi vida dependía de mi triunfo, me propuse hacerla gritar sin control. Abandoné su clítoris por un momento y ella gimió desilusionada.

—Tranquila —dije y me acaricié la verga dos veces antes de alinearme y metérsela hasta los huevos. Dalia lloriqueó bajito— ¡Bebé! —gemí sin aliento—. Te sentís tan tan bien...

Tan húmeda.

Tan apretada.

Con un canal suave que me acariciaba desde la raíz hasta el glande.

Me arrodillé para poder clavar los dedos en esas caderas perfectas y mi vista se perdió en ese espectáculo maravilloso que era el enterrarme en ella. Cerré los ojos por un momento porque, de

seguir mirando, acabaría en nada.

Mecí las caderas sin compasión y la escuché protestar encantada.

No, no vas a comerte tus gemidos.

Le di más duro, casi como si estuviera poseído. Dalia clavó las uñas en su almohada y su cabellera le tapó la cara.

Más duro

Más.

Más.

Bajé la cara y escupí justo sobre su ano. Con el pulgar derecho estimulé su entrada trasera. Ella comenzaba a gemir más alto y retorcerse bajo mis caricias perversas.

Me detuve porque sabía que estaba cerca; la contracción de su dulce conchita^[37] me lo decía.

—No seas hijo de puta —jadeó y otro cachetazo cayó sobre su nalga; esta vez, la izquierda.

Se la metí hasta el fondo y al fin, gritó de placer pero lo hizo contra la almohada.

¡Será testaruda^[38]!

Mis movimientos se intensificaron y ella continuó gritando contra la almohada. Sus piernas temblaban y ese culo grandioso se movía sin pudor. No pude aguantar las ganas y metí el pulgar hasta la primera falange. Dalia alzó la cabeza y aspiró profundo. Sonreí satisfecho.

Mis embates se tornaron crudos y crueles, impulsándola hacia adelante. Cuando mi pija entraba, mi dedo salía. Sacaba la pija, entraba el dedo.

Y ella lloraba cada vez más alto... contra la almohada.

El sudor bajó por mi espalda y el aire llegó caliente a mis pulmones. Sus paredes me apretaban al punto mismo de la locura.

Más fuerte.

Más rápido.

Más profundo.

Más desquiciado.

Escupí de nuevo y, esta vez, fueron dos de mis dedos los que se aventuraron en su culo.

Ella gritaba sin parar.

¡Almohada maldita y la concha de su madre!

Clavé las rodillas y se la metí con fuerza, en el mismo momento en que tres de mis dedos se perdían en su culo.

Dalia se vino de manera violenta, apretándome la verga tanto que creí que podía perderla.

Mi chica golosa.

Sus jugos cayeron hasta mis bolas y su culo casi se traga mis dedos. Un ardor insoportable se expandió en mi pelvis, las bolas se volvieron piedras y salí de su interior. Logré agarrarme la pija en el mismo instante en que el primer chorro espeso y maravillosamente blanco escapó de mí para dibujar la pasión sobre el culo de Dalia.

No podía parar de eyacular pues la vista era espectacular. Ella, pintada de mí.

Me sentí un animal primitivo, territorial y macho cabrío.

Solo cuando logré salir de esa burbuja de éxtasis, me di cuenta de dos cosas:

Ella se había desmayado.

Y había gritado su orgasmo... contra la puta almohada.

La muy hija de puta me había ganado.



Dalia tenía el poder de hacer conmigo lo que fuera y eso me di cuenta después de que regresara en sí y se acurrucara a mi lado. Le acaricié la espalda despacio mientras ella alternaba entre suspiros y besos en mi pecho.

Antes, no solía permanecer acostado con una mujer y nada tenía que ver con traumas del pasado o mierdas por el estilo; simplemente, se daba así. Iba, cogía como conejo, salía del telo^[39], dejaba a la mina^[40] en su casa y volvía a la mía. Un ritual aceitado^[41] que no pude sostener con ella. ¿Por qué? ¡Ni puta idea!

Cerré los ojos y aspiré el olor de sus cabellos. Frutillas y chocolate. Bajé la cabeza y volví a besarla. ¡Cómo me gustaba hacerlo!

Volví a cogerla; esta vez, despacio y mirándola a los ojos. El pecho se me apretó al ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y, en un movimiento inesperado, acunó mis mejillas y sonrió mientras una gota gorda se deslizaba fuera de su ojo izquierdo y caía hacia su oído.

La besé con dulzura —que no sabía que tenía— y la adoré con caricias tiernas hasta que tembló entre mis brazos. Sus gemidos ahogados contra mi pecho me hicieron sentir poderoso.

Sin darle tregua, la cogí una tercera vez y una cuarta. Una nueva *petit mort* la encontró en el mismo momento en que perdía yo la razón. Logré salir de su interior y bañé su vientre con mi leche. Jamás me cansaría de marcarla.

Porque, desde esa noche, ella era mía.

Me dormí casi al amanecer, en medio de cavilaciones atentas y oscuras. Tenía que encontrar al hijo de puta de mi cliente.

Y matarlo.

Tenía que salvar a mi Dalia.



Desperté y gruñí al instante; un puto rayo de sol pegaba en mi cara. Me tapé con el brazo derecho y extendí el izquierdo en busca de Dalia. La cama estaba vacía y fría. Me levanté a los tiros^[42], en busca de mi pantalón. ¿Dónde mierda estaban mis bóxers?

Miré por toda la habitación y cuando pude ponérmelos, la escuché decir:

—Perdón si querías irte temprano.

Giré hacia ella; estaba hermosa con un vestido de algodón en color rojo con pequeños dibujos en blanco. Traía la melena sobre el hombro derecho y la humedad de sus cabellos acentuaban sus rulos.

Preciosa.

»Te vi dormir tan plácidamente que me dio cosita despertarte —se justificó.

Entonces entendí su tono y el brillo apagado de sus ojos. ¡Si seré pelotudo! Dos zancadas me bastaron para alcanzarla y envolverla en un abrazo. Bajé la cabeza y ella subió la mirada. La besé como si la hubiera extrañado durante mil años.

—No me quiero ir —confesé contra sus labios.

—¿No? —la esperanza danzó en sus ojos y sus dedos se deslizaron por mis brazos.

—No.

—¡Ah!

—Pero si vos querés que...

—No. Quedate un poco más.

Y ese «un poco más» se convirtieron en cuatro días.

Noventa y seis horas de sexo, palabras susurradas y risas sin sentido se llegaron cuando la mierda que preparábamos se quemaba porque cogíamos todo el tiempo; incluso cuando cocinábamos.

Cinco mil setecientos sesenta minutos donde me embriagué de besos, caricias y orgasmos.

Trescientos cuarenta y cinco mil seiscientos segundos que, sin darme cuenta, jugaron en mi contra para involucrarme con Dalia como jamás me involucré con otra.

Al final, estaba hasta las pelotas. Lisa y llanamente^[43] hasta las pelotas...

Recibí un mensaje de Leida en la mañana del quinto día y me incomodó mentirle acerca de mi paradero. No sé por qué evitaba hablar de Dalia con alguien. También le mentí a mi chica. Sí, a esa altura, ella ya era mi chica aunque no se lo dijera todavía. Pero lo haría pronto.

Con esa idea en mi cabeza, viajé hasta Rosario^[44]. Dejé la moto en el taller de siempre y esperé hasta la hora indicada para ir tras mi objetivo. Aquel «trabajito» fue rápido y limpio. Tenía dos horas para tomarme el palo^[45].

Llegué al taller, me bañé a los rajes^[46], me puse la muda de ropa que había traído en la mochila y fui con mi contacto hasta la parte de atrás del taller. Las ropas viejas no tardaron en quemarse. Subí a la nueva moto que me dieron y salí pitando^[47]. No paré en el camino ni siquiera para mear; necesitaba llegar a casa lo antes posible.

Me di cuenta, entonces, que Fito^[48] mintió en su canción; Rosario no estaba cerca^[49].

Esquivando camiones, avancé por Panamericana y entré a Buenos Aires. No me detuve hasta llegar a la intersección de Ugarte y Vuelta de Obligado. Bajé de la moto —ni siquiera quité la llave porque, en mi profesión, era mejor que los transportes desaparecieran de una— y caminé hasta la estación de Congreso de Tucumán. En Carlos Pellegrini estuve tentado a bajar pero me contuve; seguí hasta Catedral^[50].

Con las manos escondidas en los bolsillos y la cabeza perdida en recuerdos, caminé hasta que mi teléfono vibró en el bolsillo.

Un mensaje de Dalia:

«Te juro que no soy ni tóxica ni metiche pero me gustaría saber por dónde andás.

No es obligación contestarme».

Sonreí porque me la imaginé mordiéndose las uñas con carita de ansiedad.

Cosita hermosa.

Alcé la mirada porque ni siquiera yo sabía dónde estaba. El puente de la mujer^[51] apareció a pocos metros a mi derecha y, sin saber bien por qué, le envié mi ubicación en tiempo real. Entonces, esperé.

Esperé porque ella me preguntó si podíamos vernos y le dije que sí.

Esperé porque sentía la necesidad de abrazarla para calmar ese mar de adrenalina que fluía por mis venas después de matar.

Esperé porque necesitaba saber que estaba bien.

Esperé porque quería caminar de la mano con ella y fingir que éramos normales, que yo no era un asesino ni ella mi presa.

Esperé porque, muy dentro de mí, acepté la verdad: me había enamorado de Dalia en tan solo cuatro días.



A aquella noche fue la primera de muchas. Solíamos salir a caminar sin rumbo y hablábamos de todo y nada. Dalia jamás preguntó por mi trabajo.

No puedo decir que hice lo mismo porque yo sí que no me contuve e indagué. Así fue como descubrí que la habían despedido de la cafetería; la excusa: se ausentó durante diez días.

Y ahí había una historia que ella se negó a relatar. Nota mental: descubrir esos cabos sueltos.

—¿Y ahora?

—Mmm —se encogió de hombros y volvió a meter la cuchara en la boca. Esa mujer era adicta al Mcflurry—. Supongo que estoy en modo vacaciones extendidas y que viviré de mis ahorros hasta que se terminen. Después, ya veré qué hago.

—¿No te parece un poco arriesgado?

—¿Qué cosa?

—No tener un plan B.

—La vida es una sola —dijo, metiendo la cuchara en su helado— y si no disfrutamos ahora, ¿cuándo lo hacemos? Después de muerta no podría hacer esto —señaló su vaso—. Santiago —se inclinó hacia mí y susurró:—, en el cielo no venden Mcflurry.

Reí y negué con la cabeza. Ella estaba un poco loca.

Pero mi sonrisa se perdió al ver que Dalia miraba por sobre mi hombro, empalidecía y su espalda se tornaba rígida.

—¿Qué pasa?

Ella me miró de nuevo, pestañeó varias veces como si regresara a este mundo e intentó sonreír. Fracásó y odié que fingiera.

—Nada.

—Algo pasa —insistí.

—Estoy cansada. ¿Podemos irnos?

Agité la cabeza y nos levantamos. Dalia caminó con el cuerpo rígido y yo —que siempre lo veía todo— descubrí cómo un boludo la seguía con la mirada. ¿Quién era?

Intenté no hacerme la cabeza porque el patio de comida estaba hasta el culo de gente; entonces, me dije que, quizás, veía fantasmas donde no había. Tal vez solo era uno de esos pelotudos que no sabía disimular cuando miraba a una mujer y ni siquiera la conocía.

Por las dudas, pasé el brazo por sus hombros y la acerqué a mí. Dalia apoyó la mejilla en mi pecho y también me abrazó.

¡Ahí tenés, hijo de puta! Ella es mía.

Esa noche, me dijo que estaba cansada y las ojeras que tenía me gritaron que no mentía así que regresé a mi departamento con toda la frustración a flor de piel. No, nada tenía que ver con no poder coger porque esto que sentía por ella iba mucho más allá de la calentura; lo que me jodía era no saber qué mierda pasaba dentro de su cabeza.

Tenés que ganarte su confianza.

Esa regla hija de puta me tenía los huevos llenos^[52] y sabía que era la más difícil de lograr.

¿Matarla será fácil?

Es que no la iba a matar. Eso estaba decidido. Antes, prefería pegarme un tiro directo al corazón.

O matar a ese hijo de puta que la quería muerta.



Leida se rió de mí cuando le pregunté qué se hacía al cumplir un mes de estar con una persona. Se revolcó en el sillón mientras apretaba su panza sin dejar de carcajear. La mandé al carajo y rió más fuerte.

Una vibración en mi pantalón me informó de la llegada de un mensaje y la furia se apoderó de mí.

Estoy perdiendo la paciencia.

El trabajo debería estar hecho, Alberti.

La risa de Leida se apagó y, a lo lejos, escuché que preguntaba qué sucedía. No contesté porque mi atención estaba en ese puto teléfono.

El trabajo estará listo cuando pueda verlo a la cara.

Buen intento pero no.

Lo contraté por su discreción y no para hacer sociales.

—¡Qué hijo de puta!

—Tranquilo —susurró Leida y fue hasta su computadora—. Hací que hable, que yo intento localizar la señal.

¿Por qué la quiere muerta?

¿Qué clase de pregunta es esa, Alberti?

Necesito saber.

No, no lo necesita.

Estoy empezando a impacientarme.

Me parece que buscaré otra opción.

No.

Puedo hacerlo.

Aquella mentira me dolió en el alma pero nada podía hacer más que enroscarle la víbora^[53].

Deme algo.

Esperaba que mi mensaje no delatara mi desesperación.

Un detalle.

Una razón.

Algo que me acerque más a ella.

Ese es su trabajo, ¿no?

Gánese el dinero, Alberti.

Tic tac, tic tac. El tiempo corre.

Si en dos semanas no lo logra; buscaré a alguien más.

Y se desconectó. El hijo de puta se desconectó.

—¡Tengo algo! —gritó Leida.

—¿Qué?

—Localicé una zona. No hay exactitud de lugar pero, al menos, sabemos por dónde se mueve.

Me acerqué a la computadora y mi pecho se apretó.

—El Marie Curie.

—Sí.

¿Qué mierda pasaba en ese lugar que siempre aparecía asociado a Dalia?

—Me voy.

—¿Adónde? —no contesté— Santiago... —Leida apoyó su mano en mi brazo izquierdo y la miré a los ojos— No tiene sentido. No tenemos la ubicación exacta y es al pedo^[54] que vayas. Vas a perder tiempo.

—Tengo que...

—Te enamoraste.

Aquella afirmación, entre sorprendida y feliz, hizo que fuera imposible mentirle. Asentí con la cabeza y ella sonrió.

—Ya era hora.

—¿No vas a burlarte?

—¿Por qué haría eso? —dejó caer la cabeza hacia un lado.

—Porque me vengo a enamorar a los cuarenta.

—Nunca es tarde —ella me evaluó con la mirada—. Tenés miedo.

—No.

—Sí —rió—. Estás re cagado en las patas^[55] y eso es normal.

—No digas boludeces.

—Santiago, amar es lindo. Te hace ver la vida de otra manera y eso está bien. Aunque también nos hace actuar como boludos pero bueno, eso es parte del chiste, ¿no?

—Supongo.

—Dejá a ese tipo de lado y mejor pensemos qué vas a regalarle a Dalia —tiró de mi brazo y la seguí al sillón—. Te prometo que vamos a encontrar una solución para esto.

—No creo.

—¿Por qué mierda nunca podés ser positivo?

—Porque soy realista.

Ella revoleó los ojos con dramatismo y quise ahorcarla. No sé porqué todavía me sorprendían sus arranques. Desde que la conocí, Leida se burlaba de mí y quizás fue eso lo que me hizo apreciarla sobremanera.

Al final, pasé dos horas respondiendo sus preguntas y se calmó cuando prometí que conocería a Dalia como corresponde; es decir, ya no la vería de lejos sino que tendrían la posibilidad de hablar cara a cara.



El maldito portero chismoso me miró con descaro cuando me vio llegar. Lo ignoré porque, de no hacerlo, tiraría el ramo que tenía en la mano y lo cagaría a piñas^[56]. Odiaba a la gente que no podía meterse en sus propios asuntos.

Dalia me abrió la puerta de abajo y, en vez de esperar al ascensor, subí las escaleras de dos en dos. Estaba ansioso.

Su puerta ya se encontraba semiabierta cuando alcancé el último escalón y casi corrí para verla. Con el corazón acelerado y miles de dudas flotando en mi interior, empujé la madera y la llamé.

—¡Acá! —gritó desde la habitación.

Cerré la puerta y escondí el ramo detrás de mi espalda. Ella salió unos momentos después. Llevaba unos pantaloncitos blancos de algodón y una remera verde agua con tirantes finitos. Estaba descalza y el cabello atado en un rodete^[57] alto. Cuando sonrió, el mundo dejó de existir.

Saqué la mano detrás de mi espalda y extendí el ramo hacia ella.

—¿Para mí?

—Sí.

—Gracias —sonrió un poco más—. Son hermosas —dijo y las agarró. Las acercó a la nariz y aspiró el aroma con los ojos cerrados—. Me encantan.

Pasé el peso del cuerpo de un pie a otro y escondí las manos en los bolsillos. Me sentí extraño; jamás había hecho algo igual por una mujer. A veces, uno cree que la tiene clara pero basta que una Pitufina aparezca en tu vida para que todo se vaya a la mierda y te sientas perdido. Quería hacerla feliz; quería que me sonriera siempre y, por sobre todas las cosas, quería que se quede conmigo.

—Me sorprendiste.

—Bueno... —pasé la mano derecha por la nuca y miré al suelo. ¿Por qué mierda tenía vergüenza?— Leida me dijo que las flores eran una buena opción y busqué las dalias por obvias razones.

—¿Quién es Leida?

—Mi mejor amiga.

—¡Ah! —el silencio se levantó entre nosotros de una manera un tanto incómoda— ¿Le contaste sobre nosotros?

—¿Te molesta?

—No —me miró a los ojos—. Solo que... ¡no sé! No pensé que hablarías de mí con alguien más.

—¿Y por qué no? —levantó un hombro. Me acerqué hasta ella y tomé su rostro entre mis manos— Bebé, yo no tengo razones para ocultarte —sus ojos saltaron de un lado a otro, evaluando mis expresiones—. No soy un pendejo de quince años, Dalia. Puede que no sepa qué mierda hacer cuando uno se enamora pero eso no significa que sea un cagón^[58] y niegue a la persona que está conmigo.

»Le dije a Leida que hoy hacía un mes que estábamos juntos y ella me sugirió regalarte flores. Nunca tuve algo serio con alguien y se me escapan esos detalles que debería tener.

—¡Guau!

—¿Qué? —fruncí el ceño.

—Dijiste que te enamoraste de mí y que tenemos algo serio. Es mucho para procesar.

—Si querés que vayamos más despacio; decime. O si no pensás como yo, también —comencé a sentirme cada vez más ansioso—. No sé cómo de lento habría que ir, bebé. Si la estoy cagando, decime, porque...

No pude terminar la frase. Dalia tiró de mi camisa y me besó.

El ramo de dalias quedó en el suelo, junto a sus ropas y las mías mientras nuestros cuerpos se encontraban y se llenaban de sudor, marcando cada rincón de su micro departamento.

La llené de besos y caricias húmedas, con la esperanza de marcar su alma como ella había marcado la mía.

Ya no había vuelta atrás. Ella era mía y lo sería hasta el día de *mi* muerte; no la suya.



Los vidrios temblaron gracias a un trueno inesperado. Desorientado, abrí los ojos, giré el rostro hacia la ventana y me quedé mirando cómo el pequeño toldo del departamento de enfrente se mecía con el viento. La suave luz amarilla de la calle atenuaba la oscuridad de la noche y la sombra de los árboles que se mecían dibujaban extrañas formas sobre los edificios.

Dalia se movió en la cama y su respiración cambió. Volví mi atención hacia ella y la luz de la tormenta reflejó su ceño fruncido. Gimió bajito, como si llorara y se acurrucó un poco más, llevando consigo el cubrecama. Me acerqué despacio y la abracé porque, en mi interior, creí que podía protegerla.

Mi cabeza, siempre repleta de miles de teorías sin sentido, captó el detalle al instante. Ella temblaba y tenía la piel ardiente y húmeda. Dalia se quejó otra vez. ¿Tenía fiebre?

La llamé entre susurros pero no despertó. Con más ímpetu, dije su nombre otra vez. Abrió los ojos y su mirada perdida nada tenía que ver con el sueño.

—Bebé, ¿estás bien?

—Sí.

Posé la mano en su frente y apreté los dientes.

—No, no estás bien. Tenés fiebre.

—No. Solo un poco de calor. Volvó a dormir, Santiago —dijo y cerró los ojos.

—Dalia...

—¿Mmm?

—No estás bien. ¿Tenés un termómetro?

—Dormí, Santiago.

—Dalia, no te duermas —insistí.

Ella giró de lado y se acurrucó otra vez. La tapé hasta el cuello pero se destapó al instante.

—Tengo calor —murmuró.

—¡Putra madre! ¿Tenés un termómetro?

Al ver que no respondía, me levanté enojado y comencé a revolver sus mesitas de luz. Nada. Fui hasta el baño y abrí el botiquín^[59]. Nada. ¿Dónde puta tenía un termómetro?

Mi cabeza comenzaba a detectar lugares donde podía ir a comprar uno.

Quizás también debería comprar un antifebril pero no tengo la más pálida idea de cuál.

Calmate, Santiago. Así no vas a conseguir nada.

En pelotas y bastante frustrado, inspiré profundo y me puse a revolver el minúsculo departamento. Busqué en los lugares menos pensados y me quise cortar los huevos cuando lo encontré en el mismo copón donde ella dejaba las llaves. ¿Podía ser más boludo?

Regresé a la habitación; de nuevo, Dalia estaba destapada. Levanté su brazo y coloqué el termómetro allí. Esperar se volvió una tortura. Cuando creí que había pasado un tiempo prudencial, lo retiré y miré.

38.8

¡Me cago en la concha de mi madre!

De adulto, jamás enfermé así que no sabía qué mierda más allá de ducharla con agua lo más fría posible; al menos, eso decía mi madre o es lo que yo recordaba.

Agarré mi celular y mientras esperaba a que Leida contestara, intenté despertar a Dalia.

—¿Qué? —ladró Leida con voz adormilada.

—Dalia tiene fiebre.

—¿Y?

—¿Cómo que ¿y?! —bramé— No sé qué concha hacer, Leida.

—Dale un Ibuprofeno, un paracetamol o una aspirina. ¡Qué mierda sé yo lo que tiene en la casa! Preguntale.

—No responde.

Supongo que debió escuchar la desesperación en mi voz porque suspiró y el tono de sus siguientes palabras fueron más suaves.

—Fijate si tiene algo de eso y si no, yo me voy a comprar.

—Gracias.

Leida esperó en el teléfono mientras yo volvía a revolver sus cajones. Nada. Fui hasta la cocina. Nada. En sus muebles del comedor. Nada.

—¿No miraste en su placard? —preguntó mi amiga cuando oyó que me quejaba.

—No, pero ya voy —empecé a mover sus cosas y una caja de color azul oscuro apareció debajo de sus buzos. La saqué y quedé desorientado—. ¡¿Qué mierda es esto?!—

—¿Qué cosa?

—Leida, ella tiene una caja llena de remedios. Esto parece una puta farmacia —comencé a rebuscar entre los blíster—. Acá hay Ibuprofeno.

—Bueno, dale uno y metela al agua, que sea lo más fría posible. Eso ayuda a bajar la fiebre. Si no baja, me llamás de nuevo y la llevamos al hospital.

—¿Al hospital?

—¿Qué? ¿Es mejor llevarla a una carnicería? —se burló.

—No seas conchuda, Leida.

—Y vos, dejá de quejarte y mové el culo.

Cortó antes que pudiera mandarla a la mierda. Si no la quisiera tanto...



Dalia tembló y se quejó ante el primer chorro. Debo confesar que el agua estaba bastante fría y que mi piel, al igual que la suya, se erizó. Mi chica intentaba alejarse y la abracé más fuerte. Los dos, desnudos y tiritando.

—Santiago, está fría.

—Lo sé, bebé, pero tenemos que bajarte la fiebre.

—Ya se va a ir —murmuró mientras apoyaba la frente contra mi pecho.

—Un poquito más, ¿sí?

—No. Tengo frío.

Se movía como una víbora e intentaba alejarse pero la mantuve en el lugar. Los minutos pasaban y la fiebre no bajaba. No sólo me sentí como la mierda al escuchar sus quejas sino que además, comencé a preocuparme.

—Santiago, por favor.
—Un poco más, amor.
—La fiebre no se va a ir así —dijo.
—Entonces, ¿cómo? —Dalia suspiró y negó con la cabeza— Decime, por favor.
—Tengo que tomar mi medicación.
—¿Qué medicación? —no contestó. Posé las manos en sus mejillas y la obligué a mirarme a los ojos— ¿Qué medicación, Dalia?
—La que tengo en...
—El placard

Sus ojos expusieron su asombro; también la vergüenza. ¿Qué pasaba ahí? Asintió en silencio. La saqué del agua y la sequé con mimo; siempre en silencio. Moría por saber más, por entender cómo ella podía actuar con tanta indiferencia ante una fiebre descomunal. La alcé y mientras la llevaba a la cama pensé que su cuerpo pesaba tanto como una hoja. Entonces, me centré en su rostro y la expresión de abatimiento que tenía me contrajo el corazón.



Desde aquel intercambio de palabras, Dalia no volvió a hablar. Solo tomó sus pastillas y se acostó en la cama. Se mantuvo en reposo por varios días y yo me quedé a su lado sin saber qué hacer. De pronto, una idea rondó en mi cabeza.

¿Cómo podía ser tan boludo?

Esperé a que se durmiera otra vez y rebusqué en la caja azul. Hice una pesquisa en internet y, cuando al fin supe su secreto, me dejé caer contra el respaldo de la silla. Mis manos temblaban sobre la pequeña mesa del comedor. Cerré los ojos y exhalé despacio.

¿Por qué? ¿Por qué la vida era tan mierda para algunas personas?

Un dolor profundo se acentuó en mi pecho y lloré en silencio, lleno de impotencia y rabia. Ella no merecía esto que le pasaba.

Una suave caricia sobre mis mejillas húmedas me llevó a abrir los ojos. Dalia me miró con dolor. Tenía los labios apretados y la nariz enrojecida, además de los ojos brillosos.

—¿Cuándo me lo ibas a decir?

—Quizás nunca.

—¿Por qué?

—Porque no quería que vos me miraras como los demás y... —negó con la cabeza— Ahora lo estás haciendo.

—Mirarte ¿cómo?

—Así, con lástima.

—Dalia... yo quería saber de tu boca.

—¿Y en qué cambia eso?

Pasé las manos por mis cabellos y los tiré con frustración.

—Dalia... tenés cáncer.

—De páncreas —aclaró.

—¿Y lo decís así como si nada?

—Ya lloré todo lo que tenía que llorar, Santiago. Tengo un puñado de momentos para vivir y después nada. ¿Es justo que pierda el tiempo lamentándome?

—¡La concha de la vaca, Dalia! No podés hablar así. No podés bajar los brazos —la miré con desesperación— Quizás...

—No —agitó la cabeza—. Hice metástasis y solo me queda esperar.

—Bebé... —murmuré y la senté en mi regazo; ella escondió la cara contra mi cuello— seguro que algo...

—¿Podés hacer algo por mí? —susurró— Algo que me haga feliz.

—Sí.

—Nunca estuve en un hotel cinco estrellas —confesó— y no quiero morir sin saber cómo se sienten los ricos y poderosos cuando llegan a esos lugares.

—¿Solo eso? —asintió con la cabeza— Podés pedir más, bebé.

Ella se alejó y me miró a los ojos, acunó mis mejillas y me sonrió.

—Yo le pedí a Dios un milagro. No quería irme de este mundo sin saber qué se siente amar y que te amen. Ya sé lo que se siente amar —su mirada saltó de un lado a otro de mi rostro como si necesitara memorizarme—. Yo me enamoré de vos, Santiago.

Y allí, ante tamaña confesión, no pude más que abrazarla y llorar porque la vida era una mierda.

¿Por qué el destino nos dejaba amar si después nos quitaba todo un segundo después?



No pude decirle que la amaba; las palabras se atragantaron en mi garganta y formaron un nudo tan doloroso que casi no pude respirar. Por ella, meforcé a mantener una sonrisa y puse todo de mí para hacerla feliz. Así fue como pasamos los días haciendo el amor —porque Dalia no era un simple polvo para mí—, vagamos por la ciudad e hicimos nuestro primer viaje.

Dalia nunca había visto el mar.

Septiembre aún tenía mañanas frescas pero eso no impidió que saliéramos a caminar por la playa. El brillo que vi en sus ojos me desarmó. Amaba a esa mujer con todo mi ser.

Yo, aunque no se lo dijera, estaba preocupado por su actitud porque parecía que nada la alteraba y me pregunté si así es cómo la gente se siente cuando los vestidos de la muerte te acarician por la espalda y ya no hay nada que hacer.

Quizás la vida se trataba de eso; de pensar menos y vivir más.

La miré otra vez y me di cuenta que mis presas, cuando descubrían que morirían, jamás tuvieron la entereza de mi chica y eso hizo que la admire un poco más.

Dalia era única y me tenía agarrado de las pelotas.



Escondí las manos en los bolsillos de los vaqueros y grité fuerte. Era de noche, casi madrugada, y yo me había escapado del hotel; necesitaba pensar un poco.

Entre miles de pensamientos oscuros, vagué por la ciudad hasta terminar parado en la playa solitaria. Me sentía lleno de impotencia y frustración. ¿Por qué todo tenía que darse de esta manera?

Saqué el teléfono y miré el último mensaje recibido; había llegado hacía pocos minutos.

Tic tac.

Esa mierda fue suficiente para joderme la cabeza y ponerme de mal humor. De pronto, necesité matar a alguien, descargar la mierda sobre algún pelotudo pero me contuve; no quería terminar en una comisaría. No, mientras Dalia durmiera esperándome.

¿Por qué?

Miré el teléfono y vi que leía mi mensaje. Apreté los dientes mientras esperaba la respuesta.

Eso no importa.

A mí sí.

No me diga que se arrepintió.

No lo creía tan flojito^[60].

El impulso hizo que llamara a ese estúpido número. Necesitaba saber quién era; al menos, escuchar una voz que me dejara en claro si era hombre o mujer y, quizás, también detectar si era

joven o viejo. Pero, el muy hijo de puta, rechazó la llamada.

Un mensaje llegó.
Sin llamadas.

Nadie importante.

Es una pena.
Usted fue una pérdida de dinero.

¿Quién es usted?

No voy a matarla.

Déjala en paz.

Lo vi desconectarse y enloquecí. Presioné el botón y grabé un audio:

«Escuchame bien, hijo de re mil putas. O la dejás tranquila o te juro que no voy a parar hasta encontrarte y, cuando lo haga, vas a arrepentirte por esto.

Te juro que voy a darte la muerte más dolorosa que puedas imaginar. Voy a despellejarte despacio. Vas a desangrarte y por mi vida juro que vas a mearte encima del dolor.

Vas a gritar y la pija se me va a poner dura como una piedra, porque no hay nada que me excite más que destruir a las ratas como vos.

Dejá a Dalia tranquila. ¿Me oíste? Es mi última advertencia.»

No esperaba que me contestara porque así son las cucarachas; cobardes. Volví a gritar a la nada y lancé varias piedras hacia el mar. Ese hijo de re mil putas estaba jugando con mi cabeza y yo caía como un boludo. Lo odié un poco más.

—Te voy a encontrar...



Dalia me sonrió cuando desperté. Estaba de lado y me acarició la mejilla.

—Buenos días, dormilón.

—Buenos días —me puse de lado—. ¿Qué horas son?

—Hora de volver a casa.

Fruncí el ceño y ella sonrió. La caricia que me dio atravesó mi alma y me llenó de congoja; no quería imaginar un mundo sin ella.

—Podríamos quedarnos unos días más —sugerí.

—¿No tenés que trabajar?

—No.

—Nunca me dijiste en qué trabajabas.

Mi corazón latió con fuerza. ¿Debía ser sincero? ¿Podría?

Sus grandes ojos negros me observaban con expectación y debí forzarme a respirar. De pronto, me sentí como la mierda más grande del mundo.

—¿Qué te pasa? —arrugó la frente.

—Trabajo con la muerte —confesé.

—¿Trabajás en una funeraria? —negué con la cabeza— ¿En la morgue? —negué otra vez— ¿Entonces?

—Soy asesino a sueldo. Un sicario, bebé.

Dalia rió bajito y yo la miré con seriedad. Su hermosa sonrisa se fue apagando al ver que yo no movía un maldito músculo de la cara.

—No estás jodiendo —susurró.

—No.

Se dejó caer en la cama, miró al techo y exhaló fuerte. Me di vuelta para verla mejor.

—Bebé...

—¡Guau!

—¿Estás bien? —no me atrevía a tocarla.

—Sí.

—Entiendo si...

—¿Qué se siente?

—¿Qué cosa?

—Tener la vida de una persona en tus manos —giró el cuello y clavó sus bellos ojos en mí—
¿Qué se siente despojar a alguien de su existencia?

—Dalia... —inspiré duro— Tengo que decirte algo más.

—¿Qué?

—Me contrataron para matarte.



No sé si me generaba más ansiedad su silencio o esa mirada sin expresión que me dio. Dalia había girado el cuello y me evaluó en silencio.

—Decime algo —supliqué.

—¿Ahora?

—Sí, ahora quiero que me hables.

—No —negó con la cabeza—, quiero saber si ahora vas a matarme.

—No.

—Ah.

—¿Eso es todo?

—¿Y qué querés que te diga? —suspiró— Vas a matarme de todas formas.

—No.

—¿No? —frunció el ceño.

—No, bebé. No voy a matarte.

—Pero te pagaron.

—Voy a devolverlo todo.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué no me matás?

—Porque no, Dalia.

—Pero ¿por qué?

Me sentí frustrado ante su insistencia y me senté en la cama. Apoyé los codos sobre los muslos y pasé las manos por mis cabellos con frustración. A mis espaldas, la sentí moverse. Entonces, sus piernas aparecieron en mi campo de visión cuando se sentó detrás de mí y las enredó alrededor de mi cintura. Apoyó el mentón en mi hombro derecho.

»Igual me voy a morir, Santiago —cerré los ojos ante su comentario susurrado y el aire salió tembloroso entre mis labios. No quería pensar en esa crueldad del destino—. La diferencia es que me matarías vos y ver tu hermosa cara —me acarició la mejilla izquierda— sería el mejor regalo antes de irme de este mundo.

—¿Podés parar?

—No sería doloroso sino gratificante —continuó—. Me cuidarías.

—¡Basta! —gruñí y giré con rapidez. Dalia cayó acostada y yo me subí a ella— No voy a matarte, bebé. No me digas esas cosas.

—¿Y si yo quiero morir?

Tenía los brazos a los lados de su rostro. Pasé los pulgares por la comisura de sus orbes oscuras con suavidad. Ella me miraba expectante, casi esperanzada y me dolió el corazón.

—No puedo, bebé —murmuré con voz temblorosa—. No puedo ni quiero imaginarme eso. Yo... —tragué duro— Yo... ¡carajo! Me enamoré de vos. ¿Estás contenta ahora?

Dalia cerró la mano alrededor de mi nuca y me empujó hacia ella. Me devoró la boca con necesidad y urgencia. Le devolví el beso con una fuerza tal que el sabor de nuestra sangre se mezcló en nuestros paladares.

Entonces, la cogí con violencia, quitándome la frustración en cada embestida y disfrutando de sus sollozos bajos cada vez que me exigía que fuera más fuerte. Sus uñas rojas se clavaron en mi espalda y siseé al sentir el ardor que me generaba la piel desgarrada. Gritó su orgasmo contra mi hombro y yo lo hice contra sus cabellos. Esperaba que aquello fuera suficiente para expulsar esos pensamientos de mierda que cargaba porque yo no estaba en condiciones de dejar de luchar por ella. Al fin me había enamorado y no la dejaría ir. Jamás.



Quisiera decir que nuestra vuelta fue feliz pero no; nada fue placentero. Dalia se mantuvo callada durante casi todo el viaje, con la mirada perdida en la nada y los puños apretados sobre las piernas. Yo tampoco me sentía muy hablador y es que mi cabeza no dejaba de crear miles de hipótesis acerca de mi cliente misterioso.

—Dalia...

—¿Mmm?

—Cuando fuimos a cenar al Patio Bullrich^[61], sentí que estabas incómoda y quiero saber por qué —ella no contestó al instante y eso me llenó de ansiedad. Agarré más fuerte el volante y aceleré para descargar mi frustración—. ¿Por qué, Dalia?

—No lo recuerdo.

—No me vengas con boludeces —siseé—. Sí que te acordás pero no querés decírmelo.

—¿Y qué importa?

—Importa.

—¿Por qué? —me miró, al fin.

—Porque quiero saber qué te pone mal.

—El silencio entre nosotros me pone mal, Santiago. El que no entiendas que me da igual que quieran matarme porque, al fin y al cabo, tengo fecha de vencimiento.

»Me pone mal que quieras salvarme porque no tengo salvación y... —se apresuró a decir cuando abrí la boca para refutar— Estamos perdiendo momentos. No me queda mucho más, bebé, y quiero vivirlos a pleno. No pensar en «lo que podría pasar si...», porque no hay alternativas ante mi situación.

—Dalia...

—¡No! ¡Basta ya! No quiero perder tiempo hablando de ese tipo o de que alguien quiere matarme o cualquier estupidez porque no-me-queda-tiempo, ¿entendiste? Me estoy muriendo —comenzó a llorar— y quiero no pensar en eso, quiero absorber lo poco que me queda de vida. ¿Es mucho pedir?

—No —susurré y salí de la ruta.

Nos quedamos en silencio mientras el sol se escondía en el horizonte. Mi respiración era agitada y las manos me dolían por lo fuerte que me prendía al volante.

Dejé caer la cabeza hacia adelante, al igual que los hombros, e inspiré profundo antes de gritar: «¡me re cago en la concha de la lora!». Entonces, golpeé el volante con fuerza y Dalia

lloró un poquito más fuerte. Aquel sonido desesperado fue la señal que necesité para salir del auto con furia.

No la miré mientras rodeaba el vehículo; no podía. Abrí la puerta del copiloto y Dalia alzó la mirada.

—Salí —grazné furioso.

Obedeció en silencio y se paró frente a mí. Había tanto dolor en sus ojos que mi corazón se partió en mil pedazos.

—¿Vas a matarme ahora?

—¡La podés cortar! —gruñí y me abalancé sobre ella para comerle la boca con desesperación.

El gemido suave que escapó de sus labios fue una buena señal y la besé más profundo. Ella tiró de mi remera y me acercó un poco más. Los besos, de pronto, se volvieron salados y me di cuenta que ambos estábamos llorando.

Jamás había llorado.

Ella me rompía el corazón.

—Me estás matando en vida, bebé —susurré contra sus labios y volví a besarla.



Al llegar a Buenos Aires, no dudé y la llevé a mi departamento; ella nunca había estado allí y yo necesitaba que me conociera completamente. Dalia caminó despacio, con la curiosidad pintada en la mirada mientras iba descubriendo mi lugar. Se sorprendió con mi colección de autos, esa que empecé siendo un niño y hoy la mantenía porque era algo que me daba paz.

—¿Cuántos?

—Cuatrocientos veintiocho.

—¡Guau! Son muchos.

—Sí.

Me recosté contra la pared y la observé arrodillada frente a la vitrina. Ladeó la cabeza una y otra vez, para verlos bien a todos.

—Deben valer una fortuna.

—Mmmm —me encogí de hombros.

—¿Tenés idea de cuánto? —me miró.

—La verdad es que no. Yo los compro porque me gustan pero no pienso en eso.

—Está bien —se levantó e inspiró profundo—. Me gusta este lugar.

—Gracias.

—No —sonrió—. Gracias a vos por dejarme entrar a tu vida.

Aquella frase fue la última que me dijo antes de acercarse y besarme con pasión. Volvimos a hacer el amor dos veces más y debí pensar en las consecuencias pero ella se aferraba tanto a la vida que no pude más que adorarla.



Dalia empeoró, así, tan rápido como el chasquido de los dedos. Empezó esa madrugada después de que nos amáramos a corazón abierto. La escuché llorar entre sueños y cuando quise despertarla, me di cuenta que volaba de fiebre.

Como no quise que quedara sola, Leida llegó con antifebriles pero no dieron resultados; es más, comenzó a vomitar cuando el sol despuntaba. Preso del pánico, la subí al auto y la llevé al Curie.

No me dejaron acompañarla; dijeron que los familiares debían esperar afuera y quise romperlo todo. Leida me agarró del brazo y tiró de mí hacia la sala de espera. Odiaba los hospitales.

Las horas pasaron de manera tan lenta que quise gritar con toda el alma. No sé cuántas veces le pregunté a las enfermeras cómo estaba y siempre respondían que tenía que tener paciencia. Me estaba volviendo loco.

Al fin, una mujer bajita se acercó y preguntó si éramos familiares de Dalia Schmitmann. Mentí; le dije que Leida era su hermana y yo su pareja. ¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía que saber su estado.

—Señora Schmitmann —la doctora miró a Leida—, lamento no poder hacer mucho por Dalia. Su situación es crítica y más que darle algún calmante...

—Lo entiendo —respondió mi amiga.

—Ella ahora está mejor. La fiebre bajó y el vómito se cortó pero... —apretó los labios— Eso no significa que no tenga otra recaída.

—¿Cuánto tiempo le queda?

La doctora me miró con cierto rechazo y quise agarrarla del cuello. ¿Qué mierda tenía en mi contra? ¿Acaso no veía lo mal que me sentía con todo esto? Ella me juzgaba en silencio y no tenía derecho a hacerlo.

»¿Cuánto? —Insistí. Me importaba un carajo lo que pensaba; yo quería saber cuánto tiempo tenía para cuidar de mi dalia.

—Esto no es como las matemáticas, señor. En medicina nunca dos más dos es cuatro porque cada cuerpo es distinto.

—¿Cuánto? —La doctora suspiró y escondió las manos en los bolsillos de su chaquetilla, apretó los labios mientras desviaba la mirada y, supongo, pensaba qué contestar— ¡Cuánto, carajo!

—Santiago... —Leida me agarró del brazo y respiré profundo con las manos vuelta puños.

—Algunas semanas —susurró la doctora y volvió a mirarme—; meses quizás. Todo depende de los cuidados que ella tenga. Dalia ha tenido unas semanas desordenadas y ella sabe que eso no la favorece.

Sentí que me culpaba por ello y eso me molestó más pero no podía gritarle que mi chica me había ocultado su estado de salud. Quizás el enojo hacia ella era una manera de esconder el odio que sentía hacia mí mismo pues yo fui el responsable de la locura en que se convirtió su vida.

No quería matarla y, sin embargo, propiciaba su muerte. ¡Hay que joderse!

Por el rabillo de mis ojos, un movimiento me llamó la atención. Giré la cabeza y alcancé a ver cómo aquel mismo tipo que la miraba en el patio Bullrich, entraba en la habitación dónde estaba mi dalia. No dudé y caminé hacia allí; tenía que saber qué sucedía.

El miedo ahogó todos los sonidos que me rodeaban y mi vista se convirtió en un túnel borroso donde solo la puerta de la habitación aparecía ante mí.

—¡Señor, usted no puede entrar ahí! —gritó la doctora y sus pasos se sintieron pesados a mi espalda; ella corría.

—¡Claro que sí! —dije y me zafé de su agarre.

Abrí la puerta y los vi.

Él tenía las manos de mi chica entre las suyas, inclinado hacia ella mientras le hablaba entre susurros. Dalia lo miraba con dolor, con los ojos llenos de lágrimas y los labios apretados. Entonces, levantó una de sus manos y le acarició la mejilla.

—Dalia...

Ella me miró y la culpa apareció en sus ojos.

—Andate, Santiago.

Su pedido me rompió el corazón. No tenía idea de quién era ese hijo de puta pero estaba claro que ella lo elegía y quise romperlo todo. De nuevo, la mano de Leida se posó en mi brazo y susurró que nos fuéramos.

Salí sin despedirme, porque el dolor que uno siente cuando el alma muere es tan insoportable que no te deja pensar.

Aquella noche volví a trabajar y cometí los crímenes más crueles. Necesitaba olvidarme de Dalia.

Irónicamente, yo me negaba a matarla y ella me estaba matando con su desprecio.



Doce días habían pasado desde aquella trágica mañana y mi mente no dejaba de pensar en ella.

Aunque estaba dolido, volvía al hospital dos veces al día y preguntaba por su estado. Jamás llegué a su habitación porque respetaba su decisión y eso me iba matando de a poco.

Escondí las manos en los bolsillos y dejé que las gotas de lluvia azotaran mi rostro. Con la vista puesta en el puente de la mujer, me mantuve estoico ante la violencia del viento y desafié a la tormenta de mierda que caía sobre la ciudad. Quizás eran más de las cuatro de la madrugada. No iba a volver a casa; nadie me esperaba y la soledad, por primera vez en la vida, se me antojó dolorosa.

No podía dejar de pensar en la nueva propuesta de trabajo. Mi nuevo objetivo era un embajador somalí que se instalaría en Ecuador. Tal vez, irme de Argentina era lo mejor, ¿no?

Los grandes ojos negros de Dalia se alzaron en mi mente y supe que, mientras ella estuviera con vida, yo no dejaría el país.

Apreté los dientes y me perdí en más recuerdos. Mis días yendo al hospital, el dolor al saber los parte médicos, la imagen de ese hijo de puta que —tres veces— vi ingresar a su habitación. ¿Quién carajo era ese tipo?

Después, la sorpresa de saber que ella obtuvo el alta. La llamé varias veces y otras tantas dejé mensajes. Siempre obtuve silencio. Dalia no respondía a mis llamados pero sí veía los mensajes y eso me llenó de ira. ¿Qué mierda le pasaba?

Fui hasta su departamento y no me abrió la puerta. En uno de esos intentos, el portero se acercó a mí y me dijo que tenía órdenes de llamar a la policía si me veía molestando. Grabé bien su cara porque a ese hijo de puta lo iban a encontrar tirado en un basural; yo me encargaría de ese honor. Así que me mantuve a la distancia pero jamás dejé de buscarla.

Y esa noche, cuando ya perdía las esperanzas, la vi pararse frente a la ventana y correr las cortinas. Como si supiera de mi existencia, ella miró hacia la peluquería donde yo me había parado para observar. No tenía certeza si el toldo que me protegía de la lluvia le daba buena visión pero me mantuve firme. El teléfono vibró en mi bolsillo y lo saqué; ella me había enviado un mensaje.

Andate a casa, Santiago.

No

Llueve mucho.

Déjame subir.

No.

¿Por qué?

Andate, por favor. No lo hagas más difícil.

Dalia, tenemos que hablar.

Se desconectó. La llamé —fácilmente, veinte veces— pero ella no respondió.

¿Por qué nos hacés esto?

Al no obtener respuesta, me fui. Me sentía perdido y frustrado. Ella me sacaba de su vida y aún no entendía el por qué.

Me detuve frente al puente de la mujer. Ni siquiera sé cómo terminé en ese lugar; mi mente se perdió desde que subí a la moto y vagué por las calles solitarias de Buenos Aires. O quizás sí sabía; aquel fue el lugar donde la esperé después de volver de Rosario y mientras lo hacía, descubrí que me había enamorado.

Entonces, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y grité de impotencia, con el rostro levantado hacia ese cielo oscuro y tormentoso que cubría la ciudad. Así me sentía yo por dentro.

Dos alertas de mensajes seguidos me sacaron de mi burbuja de dolor. Deslicé el celular fuera del pantalón y patee^[62] en voz alta porque las gotas de lluvia no me permitían desbloquearlo. Miré a mi alrededor y corrí hasta un bar cerrado para cobijarme debajo de su alerón. Abrí la campera de cuero^[63], sequé el aparato con mi remera y miré los mensajes.

El trato se rompió.

No busque más a la chica.

Tengo un nuevo sicario.

No no no. Esto no puede ser real.

Retrocedí hasta alcanzar la pared, apoyé la mano contra el frío cemento, doblé la cintura y vomité mientras el dolor y la desesperación comenzaban a consumirme por dentro. ¿En qué momento se torció todo? ¿Por qué la vida era tan mierda? ¿No decía Alterio^[64] que vale la pena estar vivo^[65]? ¡Que se vaya a la puta con su frase emocional del orto^[66]!

La dulce sonrisa de Dalia apareció ante mis ojos y las lágrimas rodaron por mis mejillas.

—No no no. Dalia no...

Mi respiración agitada comenzaba a marearme y mi interior se desmoronaba con rapidez. ¿Qué podía hacer? Las manos me temblaron cuando pude reaccionar y escribir:

Hablemos.

Ya es tarde.

Puedo hacerlo.

Esperaba que mi mentira detuviera a ese hijo de puta. Cerré los ojos y suspiré entre hipidos. No había tiempo y encontrar una salida era mi prioridad.

Es tarde.

¿Cómo que es tarde?

No, no es tarde.

Él no contestó pero seguía en línea. Ese hijo de puta jugaba con mi mente y yo caía en su lúdica perversa.

Dalia ya se dirige a su destino.

—No no no. No, amor. No lo hagas.

La desesperación comenzó a consumirme y salí del chat; necesitaba hablar con ella. Me sorprendí al ver que ese segundo mensaje que recibí antes, provenía de Dalia y mi corazón dejó de latir ante una sola palabra escrita:

Perdón.

¿Perdón? ¿Por qué me pedís perdón? ¡¿Qué mierda, bebé?!

«Dalia, ¿dónde estás?».

Escribí y esperé. Nada. La llamé y no respondió.

—Dalia, por favor —supliqué en un mensaje de voz.

Más silencio.

El corazón me dolía con cada latido y la cabeza me daba vueltas. Volví a vomitar.

¿Desde cuándo soy tan pelele^[67]?

Una voz interior me respondió que eso me pasaba por enamorarme.

—¡Por qué no te vas a la recalcada concha de tu madre, consciencia de mierda! —gruñí y pasé el dorso de mi mano por la boca.

Me dejé caer contra la pared una vez más, inhalé y exhalé hasta que los latidos de mi corazón ya no dolieron tanto; entonces, corrí hasta mi moto y salí cagando^[68] hacia su departamento. En ese momento, me importaba una mierda si me mataba en el camino. Después de todo, ya estaba muerto en vida.



Estacioné frente a su edificio y miré hacia arriba; su departamento estaba a oscuras.

—Bebé, decime que estás en casa —murmuré mientras avanzaba con pasos agitados y temblorosos.

Toqué el timbre una vez; dos veces. Nada. Volví a tocar varias más y ella seguía sin contestar. Me estaba volviendo loco.

La llamé por teléfono y, esta vez, su celular estaba apagado.

—¡Dalia y la re putísima madre que te parió!

No tenía idea de dónde podía estar y la desesperación me consumía a cada instante. Pasé las manos por mis cabellos y los estiré con fuerza mientras gruñía frustrado. Ella me estaba volviendo loco.

Miré a mi alrededor y me pregunté cómo podía hacer para localizarla sin tener una mísera pista conmigo; era como encontrar una aguja en un pajar. En momentos como ese, deseaba haberle puesto un rastreador satelital.

No es un puto camión de caudales, Santiago.

No, no lo era pero, para mí, ella valía mucho más que cualquier camión de caudales.

Una luz potente iluminó la calle y miré hacia el taxi que estacionaba. Aquel hombre misterioso bajó con prisa y detuvo sus pasos al verme frente al edificio de Dalia. Masculló algo inentendible y miró ansioso al auto que ya se alejaba.

—¿Dónde está? —él frunció el ceño ante mi pregunta y lo vi todo rojo. Avancé hacia él y lo agarré de la camisa— ¿Dónde-mierda-está-Dalia?

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabés?

—¡No tengo la más puta idea! —me empujó y yo di dos pasos hacia atrás— ¿Creés que estaría acá, con esta desesperación encima, si supiera dónde encontrarla?

—¿Quién mierda sos vos?

—Lo mismo podría preguntarte yo.

—¡No me jodas!

Lo empujé y él hizo lo mismo. Di dos pasos hacia atrás e inspiré profundo antes de levantar el puño y avanzar.

Él esquivó mi golpe y lanzó una piña^[69] hacia mi estómago pero mis reflejos fueron mejores. Fui al ataque de nuevo y esa vez no fallé. Un gruñido molesto salió de mi adversario antes de que me respondiera. Su puño cerrado impactó cerca de mi oído y me sentí aturdido.

—¿Quién mierda sos?

—Alejandro.

—Eso no me dice nada —agité la cabeza para quitarme el aturdimiento.

—El hermano de Dalia.

—¿Hermano? —lo miré desconcertado— Ella nunca dijo que tenía un hermano.

—No me extraña —se limpió la sangre que manaba de sus labios con el pulgar—. Siempre se creyó autosuficiente.

—¿Dónde está? —me miró y apretó los labios. Me enfurecí ante su actitud y me fui encima, lo agarré del cuello y lo miré a los ojos— Decime dónde está.

—O sos pelotudo o sos sordo —gruñó y me empujó de nuevo—. No tengo la más puta idea dónde está mi hermana y si le pasa algo... —su teléfono sonó y rebuscó en sus pantalones— ¡Dalia!

Mi cuerpo sintió como si un bloque de cemento me cayera encima. Devastado, así me sentía. Traicionado también porque ella lo llamaba a él y no a mí.

»Dalia, ¿dónde estás...? —dijo— ¡No, peque...!

—¿Qué? —él levantó un dedo. Odié que me hiciera callar.

—Dalia... Peque... escuch... ¡No, Dalia! Necesito saber dónde estás.

El me dio la espalda y se alejó. ¡Será hijo de puta! Hablaba en voz tan baja que no podía oírlo. Me miró por un instante y volvió la cabeza.

—Dame. Quiero hablar con ella —ordené. Negó con la cabeza—. ¡Dame el puto teléfono! —vociferé e intenté quitárselo.

Él saltó hacia atrás antes de decir:

—¡Dalia, no!

Y bajó el teléfono. Sus manos temblaban y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—¡¿Qué?!

Alzó la mirada y susurró:

—Cortó.

—Te dije que me pasaras con ella.

—No podía hablar con vos.

—¿Por qué?

—No lo sé; es lo que me dijo pero...

—Pero ¿qué?

—Me pidió que te pasara un mensaje.

—¿Cuál?

—Quería que te pregunte si sabías que Frank Sinatra estuvo en Argentina.

—¿Eh?

—Y después cortó —susurró con desconcierto—. No sé qué quiso decir —me miró con la frente arrugada—. ¿Vos sí?

—No tengo la más pálida idea —murmuré y me recosté contra la pared.

Mi mente se sentía descolocada. ¿Ella desaparecía y me dejaba esa pregunta? Dalia estaba loca.

¡Qué pendeja del orto!

Pasé la mano derecha por mi cara y gruñí de impotencia. El teléfono vibró en mi bolsillo y me apuré a mirarlo porque pensé que era ella pero no; de nuevo, ese hijo de puta.

Tic tac.

Furioso, di una piña a la pared y mi mano comenzó a sangrar. Entonces, algo de claridad entró en mi cabeza.

Leida.

La llamé sin perder un segundo de tiempo y ella respondió al segundo timbre.

—Localizá ese número. ¡Ahora!

No hacía falta que aclarara más; sabía que hablaba de mi misterioso cliente.

«Nunca estuve en un hotel cinco estrellas y no quiero morir sin saber cómo se sienten los ricos y poderosos»

Alcé la mirada hacia ese imbécil que seguía allí, observándome en silencio.

—Repetí lo que dijo.

—Qué si sabías que Frank Sinatra estuvo en Argentina.

Abrí Google en el teléfono y puse *«Dónde se hospedó Frank Sinatra en Argentina»*.

«Nunca estuve en un hotel cinco estrellas...»

Mi teléfono sonó otra vez y antes que Leida hablara, dije:

—Está en el Sheraton.

—¿Cómo sabías?

No respondí. Corrí hasta mi moto y dejé al hermano de Dalia parado en medio de la vereda. Él me preguntó a los gritos qué mierda hacía pero no respondí pues no tenía tiempo para sus pelotudeces; la vida de mi chica pendía de un hilo.

—¡Por favor, no lo hagas! ¡No!

Giré el cuello y lo vi caer de rodillas. No tenía idea de qué hablaba y tampoco me detendría a preguntar. Tenía que salvar a mi chica.



No veía nada. No escuchaba nada. No podía sentir nada. En mi mente, solo Dalia tenía un lugar y eso me estaba carcomiendo la cabeza.

Estacioné en la esquina del Sheraton y me quedé allí porque no podía moverme. La respiración pesada me aceleraba los latidos del corazón y mis manos sudaron dentro de los guantes. Por instinto, llevé el brazo hacia atrás y me palpé la cintura del pantalón. Sonreí al sentir a mi bebé cargada. Iba a vaciarla sobre ese hijo de puta.

El brillo del celular se reflejó contra la visera del casco cuando deslicé el dedo para desbloquearlo. Entré a WhatsApp. No tenía mensajes y eso me generaba mayor ansiedad.

¿Dónde está?

Con la vista puesta en el teléfono, esperé a que ese hijo de puta contestara. Apareció en línea.

—¡Dale, pelotudo, contestame! —mascullé lleno de ansiedad y furia mal contenida.

Escribiendo...

¡Cómo odiaba esa puta palabrita que aparecía en la pantalla! ¿Tanto tenía para escribir?

Hay dos opciones: conocer el paradero de Dalia o encontrarse conmigo. ¿Cuál elegiré, Alberti?

—¡Serás hijo de puta!

Pensá fríamente, Santiago. Pensá qué es lo mejor ahora mismo. No era fácil decidir. Si iba por ella, ese conchudo de mierda la seguiría buscando pero, si lo elegía a él, Dalia estaría frente a su asesino.

Pensé un poco más. ¿Cuánto tiempo podría llevarme matarlo? Si era algo limpio, unos pocos minutos. Si me tendía una trampa, quizás un poco más de un cuarto de hora. ¿Sería suficiente para encontrar a Dalia? ¿Llegaría a tiempo?

Inhalé profundo.

A ver, organicemos las cosas. Vístanme despacio que estoy apurado, dijo Napoleón. Ella estaba en el Sheraton; él también. *Eso es un buen comienzo.*

Me saqué el casco y mientras lo guardaba en la baulera de la moto, seguí pensando. Podía pedirle su número de habitación; estaba seguro que me la daría. Sin embargo, algo me molestaba y es que no entendía por qué, después de tanto insistir, él claudicaba ante mis pedidos y se mostraba dispuesto a revelar su identidad.

Ahí hay una trampa.

Guardé las llaves en el bolsillo derecho del pantalón y miré hacia las ventanas del hotel. ¿Me estaría observando? Era muy probable; ese hijo de puta disfrutaba con mi desequilibrio emocional.

El problema era que, si le decía que quería ver a Dalia, él me daría su ubicación y se esfumaría la posibilidad de encontrarlo; entonces, su obsesión con ella continuaría.

¡Me re cago en la concha de su madre!

Como si el cielo se iluminara al ser atravesado por un rayo, un pensamiento apareció de improviso y me dio esperanzas.

Elijo verlo.

Contuve el aliento ante mi elección.

Habitación 1035.

Sin perder tiempo, envié un audio de voz a Leida:

—Necesito que ingreses al sistema del Sheraton. Busca la habitación de Dalia. Si es necesario, hackea el sistema de seguridad del hotel. Hací lo que sea necesario, Leida. Tengo que saber en qué habitación de mierda entró.

Guardé el teléfono y avancé con el corazón latiendo en mi garganta. No podía tragar mi propia saliva y las manos me temblaban como nunca. Miré al frente y avancé por el lobby con seguridad, como si no fuera a matar a ese hijo de puta.

Aguantá un poquito más, bebé. Esta mierda ya se termina.

Las puertas del ascensor se cerraron frente a mis ojos. Había llegado el momento.



La puerta de la habitación se encontraba entreabierta. Ese hijo de puta se sentía demasiado confiado con su seguridad y yo disfrutaría de verlo caer. Empujé la hoja de madera y entré. Enarqué una ceja al darme cuenta que estaba en la suite presidencial. ¡Qué sorete^[70]! Le gustaba ostentar.

Lo odié un poco más.

Cerré con cuidado mientras deslizaba la pistola fuera de la cinturilla del pantalón. Busqué el silenciador en el bolsillo derecho de la campera y lo ajusté tranquilo. Había algo en ese ritual que hacía antes de mis asesinatos, que me mantenía en paz; como si la seguridad de seguir el paso a paso me daba la confianza de que todo saldría bien. Pero... ¿terminaría todo bien? No lo sabía y me negaba a dar una respuesta.

Alcé el arma y caminé por el pasillo hasta encontrarme con el baño social, miré dentro: nada. Seguí y llegué a la sala de estar. Vacía. Pude continuar hasta el fondo pero preferí girar hacia la izquierda. Empujé la primera puerta y avancé por el pasillo. Tres puertas más; todas estaban abiertas. A la derecha, el baño. A la izquierda, la habitación. Al final del pasillo, el escritorio. Me decidí por la habitación y entré con sigilo.

Las luces del afuera formaban sombras distorsionadas sobre las paredes. Una cama *King* perfectamente preparada. Una dalia sobre las sábanas blancas y a su lado una pistola igual a la mía. ¿A qué estaba jugando? El dormitorio estaba vacío y, sin embargo, los pelos de la nuca se me erizaron. Algo no iba bien; mis instintos me lo gritaban. Entonces, un click a mis espaldas llegó junto a un reflejo en los vidrios de las ventanas.

Actué por impulso. Giré sobre mis talones y empujé a mi atacante. Él golpeó la espalda contra las puertas vidriadas del placard. Levanté una ceja al verlo vestido de negro y con un cuerpo tan menudo —quizás tendría un metro sesenta o menos—; me contuve para no reír ante lo estúpida de la situación. ¿En serio creía que me asustaría?

La oscuridad no me permitió verle la cara y no me importó. Me lancé sobre él y le di un puñetazo en las costillas; entonces, gimió mientras caía.

Un gemido de mujer.

¡Qué mierda!

Ella cayó de rodillas y yo busqué la luz con prisa. La habitación se llenó de una claridad amarilla suave. La vi en cuatro patas, con una mano sobre sus costillas y la otra sosteniendo el arma que apuntaba hacia la cama. La mujer respiraba con dificultad y otro gemido más salió de su boca.

La capucha del buzo negro le tapaba el rostro y eso me molestaba demasiado. Me acerqué despacio mientras decía:

—Mirame o te vuelo la cabeza —se mantuvo inmóvil— ¡Ahora! —exigí.

Al ver que no respondía, me acuclillé a su lado y tiré de la capucha.

Entonces, todo surgió tan rápido que mi mente no pudo procesarlo.

Mi teléfono sonó.

Ella levantó la mirada.

Un rostro conocido me miró.

Ojos llenos de lágrimas.

Mi nombre susurrado y la realidad que me dejaba sin saber qué hacer.

Caí sentado sobre la alfombra, con la espalda apoyada en el borde de la cama y la incredulidad abrazándome fuerte. Ella también se sentó y apoyó su cuerpo contra el placard. Lloraba en silencio.

Atendí el teléfono y Leida dijo:

—Está en la suite presidencial.

—Lo sé —murmuré y corté la llamada. Dejé caer el brazo con pesadez. Mi arma descansando a mi lado—. ¿Por qué? —ella lloró más alto— ¿Por qué lo hiciste?

—Perdón.

—¿Por qué, carajo?! —ella se contrajo ante mis gritos y mi corazón se sintió chiquito, destruído y apenas latiendo.

—¿Porque no tengo los putos ovarios para matarme! —gritó Dalia— Porque esto no es vida —lloró más alto—; porque me duele todo el puto día y porque estoy cansada de sufrir.

—¿Por qué las reglas? ¿Por qué jugar con mi mente...? ¡Qué boludo que soy! —tiré de mis cabellos y su llanto me destruía al igual que su traición— Fuiste muy hija de puta, Dalia. Jugaste conmigo.

—No... —susurró.

—Lo hiciste —siseé lleno de rencor—. Hiciste que me enamore de vos y ahora esto. Sos muy hija de puta.

—Yo... lo siento —murmuró con voz temblorosa—. Solo quería sentir amor, Santiago —su mirada triste me estaba matando—. No quería morir sin saber qué se sentía pero no tenía tiempo para conocer a alguien; entonces, pensé que podías hacerme sentir.

»En mi mente, sonaba bien —confesó—. Tenías que mentirme y yo iba a aceptarlo todo porque quería... —me miró a los ojos— *Necesitaba* creer y soñar pero... —arrastró los dientes por los labios— Jamás pensé que yo, así de tonta como soy, podría enamorarte y...

No pude seguir escuchando porque ella nos destruía con sus palabras y no se lo iba a permitir. Me lancé sobre ella y la besé lleno de furia, enojo y deseo, también con el anhelo por eso que no podíamos tener y deseaba desde mis entrañas. Quería nuestro «para siempre» aunque sabía que era imposible.

Dalia se agarró de mi campera y tiró para tenerme más cerca. Su respiración agitada y el sabor salado de sus labios me encogieron el corazón. Le acuné las mejillas y pasé los pulgares por debajo de sus ojos, arrancándole esas lágrimas de desesperación que manchaban su bello rostro.

Así fue cómo nos perdimos entre besos y caricias furiosas, culpándonos de nada y de todo.

Corté el beso y me levanté. Ella no se movió, solo pestañeó y alzó la mirada. Por primera vez, sentí que la odiaba y amaba en partes iguales.

—¿Por qué, Dalia? —bajó la mirada y apretó los labios— ¡Contestame, carajo! ¿Qué mierda te hice para que me hagas esto? No te jodí, no te traté mal, no te hice daño.

—Lo sé —murmuró.

—Entonces, ¿por qué yo?

—Porque me enamoré de vos cuando te vi en un bar donde trabajaba —confesó entre murmullos.

—¿Cuándo?

—Marzo del dos mil veintidós.

—¡Me cago en todo, Dalia! Eso fue hace un año y medio.

—Sí —me senté en la cama, con los brazos apoyados en las piernas y la mirada puesta en mis manos que temblaban—. Estabas con un cliente y escuché lo que ella te contaba. Yo simulé no hacerlo pero estuve atenta a todo... —suspiró— Yo la conocía de antes, ¿sabés?

—¿A mi cliente? —la miré y ella asintió con la cabeza— ¿Quién?

—Marga Teredo.

—La oficial de la federal.

—Sí.

—¿Cómo?

Dalia dejó salir el aire despacio y cerró los ojos. Llevó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra la puerta del placard, se mojó los labios con la punta de la lengua y arrastró los dientes por su labio inferior.

—Tuve una gran recaída pocas semanas antes de conocerte y permanecí mucho tiempo en el hospital. De hecho, fue allí cuando me dijeron que los tratamientos no estaban funcionando —cerré los ojos para no llorar—. Mirna, la hermana de Marga, estaba en la otra cama y entre calmantes y calmantes, me contó lo bestia que era su marido. Ella no quería denunciarlo porque tenía miedo pero Marga insistía en que lo haga y yo escuchaba sus peleas. Entonces, cuando la vi en el bar y la escuché hablar con vos, sumé uno más uno... Pensé que podías ayudarme.

—¿Ayudarte? —abrí los ojos.

—A morir.

—¡Mierda!

Dalia me miró y sonrió con dolor mientras negaba con la cabeza.

—¿Sabés una cosa? —murmuró— Desde el primer momento en que te vi, pensé que eras hermoso. Y si te soy sincera, saber que eras peligroso me sedujo un poco más. ¡No sé! —levantó los hombros— Pensé en lo emocionante que sería estar con vos y algo se sintió vivo dentro de mí —con mano temblorosa se acarició el pecho—. Así que, después de varias semanas juntando coraje, fui hasta la comisaría y hablé con Marga.

»Yo había ideado un plan pero... —apretó los labios— Parece que falló. No tenías que enamorarte de mí, Santiago.

—Dalia, no voy a matarte.

La vi apretar los dientes antes de levantar el arma y apuntarme. Negué con la cabeza porque aquello era una huevada. ¿En verdad pensaba que le temía a la muerte? Ella ya me había matado con sus juegos.

—Entonces, ¿te mato yo a vos?

Abrí los brazos y sonreí con dolor. Ni siquiera entendía la mierda que traía encima.

—Hacelo y asegúrate de apuntarme bien al pecho, bebé.

Cuando comenzó a llorar, la pistola tembló entre sus manos y su voluntad flaqueó. Me lancé sobre ella y le quité el arma mientras tiraba de su brazo y la levantaba. Dalia me dio un cachetazo. Después otro. Y otro más.

Envolví el brazo derecho alrededor de su cintura y la acerqué a mí. Me golpeó el pecho con los puños cerrados y sus lamentos aumentaron con tal intensidad que supe, en ese momento, que no era el único con el corazón destrozado.

¡Serás testaruda!

Enterré los dedos en sus cabellos y tiré para levantarle la cabeza. La volví a besar lleno de furia y ella respondió de la misma manera. Nuestras lenguas hablaron de lo frustrados que nos

sentíamos y nuestras respiraciones pesadas contaban de la necesidad que no corría por las venas.

Giré nuestros cuerpos y la lancé a la cama con tal fuerza que su cuerpo rebotó sobre el colchón. La mirada brillante que me dio en ese momento dejó en claro que me deseaba. No dudé ni un instante.

Me desprendí el cinto y me bajé el jean junto a los calzoncillos. Ella respiraba de manera agitada y se pasó la lengua por los labios cuando se apoyó en sus codos y deslizó la mirada por mi cuerpo. Mi verga saltó emocionada.

Me incliné hacia ella y antes que pudiera reaccionar la puse boca abajo, bajé su pantalón de gimnasia y me acomodé entre sus piernas. La penetré de una sola embestida.

Ella chilló; yo gemí.

Apretada, caliente y húmeda. Esa desgraciada mentirosa se apoderaba de mis sentidos y no podía pensar en nada más que castigarla a golpes duros. Uní nuestras manos por sobre su cabeza y la cogí preso de un estado extraño, donde mi enojo se manifestaba en algunas palabras obscenas pero también en otras tiernas. Susurros contra su nuca mientras se la metía hasta los huevos.

Cuerpos húmedos.

Jadeos.

Gemidos.

Promesas.

Reproches.

Dolor y pasión.

Un mordisco furioso en mi antebrazo izquierdo cuando ella alcanzó su orgasmo.

Y mis dientes clavándose en su hombro derecho cuando comenzaba a descargarme en su interior.

Entonces, cuando la adrenalina comenzó a retraerse, me di cuenta que no habíamos usado forros^[71].

La primera vez en mi vida y fue una jodida locura.

Dalia me volvía completamente loco.



Hicimos el amor con furia, dolor e impotencia.

Mientras Dalia sentía que no podía controlar su vida; yo impotencia, al saber que no podía darle más tiempo como se merecía. Porque, si fuera por mí, la haría eterna.

Nunca pensé que fuera ella misma quien me contrató para matarla. Y, aunque al principio estuve furioso, con el correr de las horas entendí su punto.

—Esto no es vida, Santiago —susurró con mirada cansada y perdida entre las sombras que se dibujaban en el techo—. Intento vivir pero los dolores son cada vez más insoportables.

—Bebé... —dije con voz rota. La abracé fuerte, cerré los ojos para contener mis lágrimas y le juré que haría todo lo posible para hacerla feliz hasta el final.

El final. ¡Qué crueldad de palabra! ¿Por qué el destino era tan mierda con nosotros? ¿Por qué nos cruzaba con la persona exacta en el momento equivocado?

Permanecimos desnudos y tirados en la cama de la suite presidencial del Sheraton durante dos días. Envueltos en caricias, besos y palabras susurradas, sabiendo que el final era inevitable.

Nada destruye más que el ser consciente que el amor tiene fecha de caducidad.



—Bebé, hay algo que tengo que contarte —susurré contra su frente antes de besarla. —¿Qué? —me miró a los ojos con curiosidad. Expiré lento y acaricié su nariz con la mía mientras buscaba la manera adecuada de decir las cosas— Santiago, me estás asustando.

—Me tengo que ir.

—Lo sé —sonrió y me acarició la mejilla—. La buena vida siempre se termina, ¿no?

—No hablo del hotel, Dalia. Me tengo que ir del país.

—Ah —suspiró—. ¿Cuándo?

—En teoría, tengo cuatro días para hacer el trabajo así que... —exhalé con dolor— Tengo que viajar mañana.

—¿Mañana? —asentí con la cabeza— Eso es... rápido.

—Y quiero que vengas conmigo.

—¿Yo? —arrugó la frente.

—Sí. Necesito que me acompañes a Ecuador.

—¿Ecuador? —alzó las cejas— ¡Guau!

—¿Me acompañás?

—No lo sé —se dejó caer de espaldas, con la mirada perdida en el techo. Frunció el ceño y giró el cuello—. Quizás no consiga pasajes. Bueno, tampoco tengo tanto dinero o... sí —sonrió y

se puso colorada^[72]—. Tengo lo que iba a pagarte.

—Ya tengo los pasajes, bebé.

—¿Para los dos?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que volví de Rosario.

Ella me miró en silencio por un tiempo que pareció eterno. Se chupó el labio superior mientras sus ojos saltaban de un lado a otro de mi cara.

—Sabías que no ibas a matarme —murmuró.

—Siempre lo supe —una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla—. No llores, bebé.

Dalia se abalanzó y me abrazó con fuerza. Enterró el rostro contra mi cuello y yo la sostuve de las nalgas.

Mi hermosa chica koala.

—¿Cómo agradecerte por tanto amor?

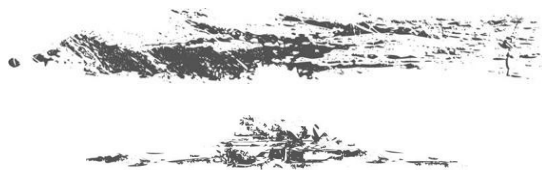
—No me tenés que agradecer nada, tonta. Al contrario, soy yo el que debe agradecerte por hacerme sentir. Antes de vos, estaba perdido en la vida.

—¿Y ahora?

—Ahora... —acerqué mis labios a su oído— Quiero que me trates suavemente —susurré y ella rió bajito.

Un beso en mi cuello fue la señal que necesité para recorrer su espalda desnuda. Dalia se acurrucó contra mi pecho, suspiró y dijo:

—Vamos a Ecuador.



El viaje se convirtió en varias primeras veces para los dos. Dalia nunca había salido del país y tampoco viajó en avión. El brillo en su mirada fue la cosa más maravillosa del mundo y me perdí en ella.

Sin embargo, me preocupaban las vueltas que teníamos que dar para llegar a Quito sin levantar sospechas. El primer tramo fue un vuelo desde Buenos Aires hasta Bogotá y allí hicimos conexión hasta Ipiales^[73] donde dormimos una noche. Por supuesto que ella probó de todo lo que encontramos en los bares y su sonrisa de felicidad fue el mejor regalo del mundo.

A la mañana siguiente, abordamos un colectivo para traspasar la frontera y bajamos en Tulcán^[74].

—Bienvenida a Ecuador, bebé —le dije y besé su sien. Dalia sonrió de nuevo y tiró de mi mano para salir del gentío.

Nos reunimos con el tipo que era mi contacto pues él me daría toda la información que necesitaba, junto a la documentación del auto que habían alquilado para mí y las reservas de hotel.

También las otras reservas... pero eso sería una sorpresa para Dalia. Solo esperaba sorprenderla con mi regalo.

Debo ser sincero y confesar que viajar por trabajo con la mujer que amaba se convirtió en una aventura maravillosa y deseé que siempre pudiera ser así.

No estás pensando, Santiago. La estás llevando a la boca del lobo.

Agarré el volante con más fuerza y me negué a pensar en los contras. Si Dalia era feliz, yo también lo era. Punto. ¿Por qué mi cabeza se enloquecía con ideas pelotudas? No lo sabía pero allí estaba, hecho un boludo y lleno de angustia. No quería que lo nuestro terminara jamás.

Para no levantar sospechas, nos alojamos en un hostel lleno de gente joven y con aires de hippie. Vagamos por la ciudad haciendo turismo o, al menos, es lo que le dije a mi chica para que no sospechara que la realidad era otra: estaba haciendo evaluación de terreno.

Al fin llegó el momento de llevar a cabo mi misión. Dalia se mostró inquieta y, aunque intenté minimizar las cosas, lo cierto era que yo estaba cagado en las patas. No, no tenía que ver con que pudiera fallar —porque estaba seguro que no fallaría— sino que tenía miedo de que ella se descompensara cuando yo no estuviera y ¿entonces qué? ¿Quién velaría por su bienestar? Me reproché mi propia actitud y traté de convencerme de que todo saldría perfecto. ¿Acaso, durante esos días, no estuvo mejor que nunca?

Así pues, escondí mis miedos y fui al encuentro del cónsul. Cumplir con la misión fue un trabajo rápido y limpio. Como siempre, todo funcionó como un perfecto reloj suizo. Ni siquiera sabía por qué dudaba de mis capacidades.

Quizás es hora de retirarse, Santiago.

Con esa idea —que no sonaba tan descabellada en mi cabeza— y feliz por el resultado obtenido, regresé al hostel e hice el amor con mi chica.

—Tratame suavemente —le susurré antes de besarla con calma y hacer el amor en cámara lenta mientras manteníamos nuestras miradas enganchadas.

Aquella experiencia fue la más intensa, desnuda y real de mi vida; no imaginaba un futuro sin ella. Y, después de amarnos con locura, caímos dormidos abrazados.

Antes de que el sueño me venciera, acepté mi realidad: aquella había sido mi última misión.

El asesino que habitaba en mi interior había muerto para siempre y todo fue gracias a esa dulce Dalia que floreció ante mis ojos.



Dalia abrió los ojos con sorpresa al ver lo que tenía preparado para ella.

«*Si ya no te ama, se enamorará después de esto*», me había dicho Leida cuando le pedí ayuda.

Y es que habíamos dejado Quito para ir a Manta. Quería que ella disfrutara sus últimos días con libertad y alegría; darle un motivo para soñar aunque nuestra realidad tuviera fecha de caducidad. Entonces, alquilé una pequeña casita frente al mar y me propuse amarla hasta perder mis fuerzas.

Caminábamos por la playa todos los días. Algunas veces, Dalia se quedaba hasta tarde, sentada en la puerta de entrada, con la vista perdida en el mar que brillaba con el reflejo de las estrellas; otras, se acurrucaba en mis brazos mientras yo le acariciaba la espalda y nos mecíamos en el sillón que había en el porche.

—¿En qué pensás? —le pregunté una noche.

—En que esto es lo mejor que pude vivir y que ya me puedo ir en paz porque amé y me amaron.

—Bebé, no... —colocó dos dedos sobre mis labios.

—Me diste una vida, Santiago, y lamento no poder seguir luchando. Me siento tan cansada y dolorida —su mirada reflejaba sus palabras y me sentí culpable por esa actitud egoísta de presionarla para vivir—. Ya no tengo fuerzas pero sigo porque... —apretó los labios.

La abracé con todas mis fuerzas y la besé con el alma desnuda. No podía ser tan hijo de puta; ella no lo merecía. El cansancio de su rostro debió ser suficiente hace mucho tiempo pero mi testarudez fue la que nubló mi mente. Entonces, tragué duro, sintiendo que la saliva me raspaba al pasar, inspiré hasta que los pulmones me dolieron y dejé escapar el aire tembloroso mientras decía:

—No lo hagas por mí, Dalia. Si tenés que irte —la abracé más fuerte—, me quedo con este amor y todos nuestros momentos guardados en mi corazón. Te suelto, bebé —las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera controlarlas—. Volá alto y convertite en mi estrella guía.

Ella acunó mis mejillas y unió nuestros labios en un beso suave y lento; uno que unía nuestras almas y sabía a despedida. Después, hicimos el amor en medio de la noche y cargado de verdades susurradas.

No quise dormir porque sabía que algo malo sucedería; la presión en mi pecho me lo gritaba.

Dalia se fue de este mundo esa misma noche, mientras yo la abrazaba con fuerza y le cantaba su canción favorita. Sentí su último aliento contra mi cuello pero no me detuve porque no quería aceptar la realidad.

«No quiero soñar mil veces las mismas cosas... Ni contemplarlas sabiamente... Quiero que me trates... suavemente...»

La abracé con todas la fuerzas que tenía mientras su cuerpo inerte y frío me gritaba esa verdad que me había negado a aceptar. Me desgarré la garganta con un bramido desesperado mientras mi alma se desgarraba y el corazón ya no encontraba razones para continuar en este mundo.

Este peón, se había quedado sin su Dalia.



Fin

Agradecimientos.



La primera vez que visité Buenos Aires, casi fue un suspiro. Un tiempo que implicó salir de aeroparque, una noche de hotel y vuelta a aeroparque. Sin embargo, la magia ya se había instalado. La segunda vez, fue más larga la estadía y su encanto comenzó a quemar dentro de mi pecho.

Cada vez que la visito, no sé por qué extraña razón, en los taxis siempre suena «Trátame suavemente» y la voz de Cerati lo cubre todo. Quizás si vives en esa ciudad, te pierdes de esos pequeños detalles de la vida cotidiana que detectamos los forasteros. Detalles mágicos que la hacen única y maravillosa.

Y en ese ambiente rodeado de gente que corre o habla a los gritos —porque así expresan su personalidad—, edificios modernos que se mezclan con bellezas arquitectónicas clásicas, librerías y bares en cada rincón de la ciudad —además de excesos de psicoanalistas—, se va tejiendo esa historia citadina que atrapa y enamora.

Entonces, no puedo dejar de agradecer a la vida por conocer ese pedacito de mundo que me llena de sueños y teje historias en mi mente.

A vos, Alexis, que fuiste el que enlazó nuestros dedos y tiró de mí para que conociera esos lugares que jamás imaginé. Gracias por ser mi compañero de aventuras.

A Yenny, que sin saberlo forma parte de nuestras vidas desde el momento en que decidió donar los órganos de su pequeño ángel y nos dio la oportunidad de que mis hijas pudieran disfrutar de su papá mucho tiempo más. Gracias, alma bondadosa, porque tu decisión en medio de tanto dolor, fue la que nos abrió un mundo. Todavía recuerdo nuestro encuentro casual; vos despidiendo a tu hija y yo luchando por no perder a mi niña nonata. A veces, el destino nos da golpes tan fuertes que nos dejan sin palabras y hoy quiero decirte gracias por todo, porque en ese momento no pude decirlo.

A todas mis lectoras también va mi agradecimiento. Por acompañarme en cada paso que doy, por confiar en mis letras e instarme a seguir mis sueños. Sin ustedes, este camino no sería posible.

Ara.

[1] New York Fashion Week. Semana de la moda que se celebra en la ciudad de Nueva York y reúne a las más altas figuras del mundo del diseño de indumentarias.

[2] Uno de los nombres vulgares que se suele utilizar en Argentina para nombrar al pene.

[3] En este caso, el verbo «coger» es utilizado para hacer referencia a mantener relaciones sexuales.

[4] Es el dialecto del español que se desarrolló en la región andina de Cuyo (abarca las provincias de San Juan, Mendoza y San Luis) y que comparte rasgos en común con el español chileno; además de algunos de los del español rioplatense (zona de la cuenca del Río de la Plata: Buenos Aires/ Uruguay).

[5] Mozo/a se utiliza en Argentina para nombrar a un camarero, mesero, cantinero.

[6] Aquí, el protagonista utiliza una metáfora para referirse a una persona sin nombrarla directamente.

[7] Tita Merello, fue una actriz, vedette y cantante argentina. Una de las primeras cantantes de tango y milonga surgidas en la década de 1920 que crearon la modalidad vocal femenina en el rubro. Su canción más conocida, a nivel internacional, es la milonga «Se dice de mí».

Tita fue llamada «la morocha del Abasto», haciendo referencia a su lugar de nacimiento. En la intersección del pasaje Carlos Gardel y la calle Anchorena, frente al Abasto Shopping, del barrio homónimo, se emplazó una escultura en bronce en honor a la artista.

[8] Es el único hospital de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que atiende en su totalidad patologías oncológicas y está considerado como uno de los mejores hospitales oncológicos del país

[9] El Parque del Centenario se encuentra justo en el centro de la ciudad de Buenos Aires, al lado del hospital oncológico Marie Curie.. Posee 12 hectáreas de vegetación y un lago. En el parque, se suelen desarrollar actividades artísticas en su anfiteatro y ferias de artesanías, entre otras actividades.

[10] «Trátame suavemente», es una canción escrita por Federico Moura y que fuera lanzada en 1982 por la banda *Los encargados*. Su popularidad, sin embargo, llegó en 1984 cuando el grupo de rock Soda Stéreo la incorporó en su álbum debut (de título homónimo) siendo el primer gran éxito de la banda.

[11] Colectivo o bondi: autobús.

[12] Nombre abreviado que recibe la ciudad de Puerto Iguazú, en la provincia de Misiones. Ubicada al noroeste de la Argentina. Junto a las ciudades de Foz de Iguazú (Brasil) y las ciudades de Presidente Franco y Ciudad del Este (Paraguay) conforman la zona conocida como la triple frontera.

[13] Abasto Shopping. Uno de los centros comerciales más grandes de Buenos Aires. Recibe dicho nombre por estar ubicado donde, anteriormente, funcionó el mercado de abasto de frutas y verduras (1893- 1984). Dentro de su patio de comidas, tiene el primer McDonald's kosher que se instaló fuera de Israel.

[14] Término que hace referencia a una persona poco inteligente o que actúa como tal. Podría pensarse como sinónimo de *boludo*, sin embargo, en el folklore argentino, la palabra *pelotudo* tiene una connotación mucho más ruda, dura y ofensiva.

[15] Persona encargada del funcionamiento básico de un edificio como ser: limpieza de los espacios comunes, reparación de luces de los pasillos y ascensores, etc.

[16] Acera.

[17] Mueble donde se suelen instalar la cocina y la piletta o lavaplatos, y sobre cuya cobertura libre (que puede ser de granito, mármol o acero inoxidable) se realizan diversas tareas. En otros países se la conoce como «encimera».

[18] Cerveza argentina que se elabora en la Ciudad de Santa Fe. Su planta fue fundada por el maestro cervecero, empresario e inmigrante alemán Otto Schneider en 1931.

[19] Expresión argentina que hace referencia a dar golpes con los puños cerrados y denota la intensidad de la ira que carga la persona.

[20] Deslizarse hacia un lado.

[21] Una de las avenidas más importantes de la ciudad de Buenos Aires. Es reconocida a nivel mundial por tener emplazado, en su punto medio, al Obelisco (monumento ícono de la ciudad). También, gracias a sus 140 metros, es considerada la avenida más ancha del mundo.

[22] Chaqueta, americana.

[23] Prenda deportiva que cubre el torso, generalmente con capucha.

[24] Hace referencia a la Policía Federal Argentina.

[25] Manera coloquial para referirse a una persona cobarde.

[26] Casa antigua, en general con un gran patio interior, cuyas habitaciones (para ser utilizadas como viviendas) se alquilan a numerosas familias que comparten el baño y la cocina.

[27] Palabra que proviene del lunfardo y significa «dinero». El lunfardo es una jerga originada y desarrollada en el Río de la Plata —las actuales Buenos Aires y Montevideo—, La Plata, Santa Fe, Córdoba y Rosario contribuyeron desde el principio a su desarrollo. Otras maneras de nombrar al dinero en este dialecto rioplatense son: mosca, tarasca, biyuya.

[28] Forma vulgar de nombrar al pene.

[29] Lavabo.

[30] Pibe/a: Forma coloquial para referirse a los jóvenes o niños y, con frecuencia, tiene una connotación afectiva.

[31] En este caso, se utiliza esta palabra para referirse a una persona joven, sin experiencia y un tanto impulsiva.

[32] Expresión muy usada en Argentina para dar a entender que nada te importa o todo te da igual.

[33] Radio Aspen 102.3 es una estación de radio que, desde el 2018, ocupa el segundo lugar en el ranking de las radios más escuchadas del país. Se caracteriza por un estilo musical que comprende, en su mayoría, clásicos del rock & pop de los 80 y 90.

[34] Benito Quinquela Martín fue un pintor argentino proveniente del barrio porteño de La Boca, cuyas pinturas se caracterizan por reflejar la rudeza y vigor de la vida cotidiana del puerto de Buenos Aires. No tuvo una educación formal en artes sino que fue autodidacta, lo que en varias ocasiones lo llevó a sufrir menosprecios de la élite artística y la crítica, hacia su trabajo y sus obras.

[35] Camiseta.

[36] Sujetador o brassier.

[37] Voz malsonante (americanismo) para referirse a los genitales femeninos. Coño.

[38] Testarudo/a: individuos con una voluntad de hierro pero sustentada en pensamientos rígidos. Por su actitud egocéntrica, les cuesta escuchar y dialogar ya que no admiten que nadie pueda cuestionar sus criterios. Persona terca.

[39] Albergue transitorio, establecimiento público (hotel) que alquila habitaciones por hora para mantener relaciones sexuales. Palabra que proviene del lunfardo; más específicamente del *verse*, que se caracteriza por invertir las sílabas de una palabra: Telo = (h) o- tel.

[40] Mujer.

[41] Hace referencia a un ritual perfectamente sincronizado.

[42] Con rapidez, urgencia.

[43] Expresión que se utiliza como sustituto de: completamente, absolutamente, etc.

[44] Importante ciudad portuaria de Argentina, a 300 km al norte por el río Paraná desde Buenos Aires. Ciudad donde se realizó el primer izamiento de la bandera argentina. Cerca del 80% de la producción del país de cereales, aceites y sus derivados se exporta por los puertos del Gran Rosario.

[45] Expresión que hace referencia a marcharse de un lugar.

[46] Rapidez.

[47] Al igual que la expresión anterior, también hace referencia a hacer algo con rapidez.

[48] Fito Paez. Cantautor argentino nacido en la ciudad de Rosario.

[49] Se hace referencia a la canción «Tema de Piluso» del Fito Paez.

[50] Congreso de Tucumán, Carlos Pellegrini y Catedral, son tres estaciones de subterráneos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

[51] Es un puente atirantado de pilón contrapeso diseñado por el arquitecto español Santiago Calatrava en la ciudad de Buenos Aires, Argentina (la primera de sus obras en América Latina). Se encuentra ubicado en Puerto Madero y representa la imagen de una pareja que baila el tango. El puente puede girar en 90 grados sobre su eje y lo hace, principalmente, para permitir el paso a veleros y embarcaciones de mayor tamaño, que circulan entre el Río Dique y el Dársena Sur.

[52] Hace referencia a estar cansado de algo o alguien.

[53] Expresión utilizada para referirse a engañar a alguien.

[54] Expresión que hace referencia a hacer algo en vano, sin sentido.

[55] Expresión utilizada para demostrar que una persona tiene miedo extremo.

[56] Expresión utilizada para decir que daría golpes de puños.

[57] Moño o chongo.

[58] Miedoso.

[59] En Argentina, armario pequeño con espejo, que se cuelga en la pared del baño para guardar artículos de tocador, cosméticos o medicamentos.

[60] Hace referencia a una persona cobarde, miedosa.

[61] Patio Bullrich fue el primer centro comercial de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, inaugurado el 15 de septiembre de 1988. Debido a la fuerte pendiente del terreno en la costa del Río de la Plata los accesos al centro comercial se encuentran en dos niveles diferentes. Está rodeado de prestigiosos hoteles y embajadas con una arquitectura de estilo francés de finales del siglo xix y siglo xx.

[62] Maldecir.

[63] Chaqueta de piel.

[64] Hector Alterio es un actor argentino de cine, teatro y televisión; considerado como uno de los actores hispanohablantes con mayor prestigio en ambos lados del Atlántico. Debutó en teatro en el año 1948 con la obra «Prohibido suicidarse en primavera» de Alejandro Casona.

[65] Referencia a la escena más recordada de la película Caballos salvajes (1995). José, personaje que interpreta Héctor Alterio, tras liberar varios equinos baila en una playa al ritmo de un vals y grita: «¡La puta que vale la pena estar vivo!»

[66] En lenguaje callejero argentino, literalmente, significa «culo».

[67] Persona tonta. Sin carácter, manipulable y de poca inteligencia.

[68] Expresión que se usa para dar a entender que alguien se maneja con prisa.

[69] Puñetazo.

[70] Palabra que proviene del lunfardo y se utiliza para nombrar a los trozos sólidos de excrementos así como también para referirse a personas, cosas o situaciones despreciables. Expresión utilizada en Argentina, Uruguay y Paraguay. En lunfardo verse también se utiliza «tereso» como sinónimo.

[71] Preservativos, condones.

[72] Colorada: roja. En este caso, hace referencia a ruborizarse por vergüenza.

[73] Pequeña ciudad al oeste de Colombia, cerca de la frontera con Ecuador.

[74] San Miguel de Tulcán es una ciudad fronteriza ecuatoriana; capital de la Provincia de Carchi, así como también, la urbe más grande y poblada de la misma.

Also by Ara Gonz.

Latina

[Boca de Cereza](#)

Standalone

[Los secretos de las moscas](#)

[Cuentos Para Valentin](#)

[El peón de la Dalia](#)



About the Author

"Soy una juntaletras apasionada por la lectura, los chocolates y los clásicos del cine. Tengo la mente llena de historias que cobran vida en un abrir y cerrar de ojos" - Ara Gonz.

Ara Gonz es psicóloga desde hace dos décadas. Dedicó 15 años a defender los derechos de los niños en el tránsito. Donante de órganos por convicción. Defensora de los derechos de las mujeres por decisión. Se define como una lectora empedernida, viajera gustosa, noctámbula. Considera que el mejor plan es pasar un día de museos o recorrer a pie ciudades que no conoce. Autora de "Boca de Cereza", "Cuentos para Valentín", "Los secretos de las moscas"; entre otros. Autora multi-géneros donde el humor, el romance y los mensajes esperanzadores son el hilo conductor.